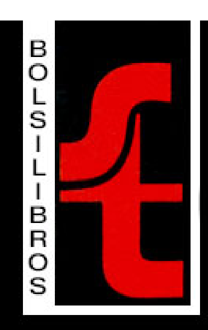


Selección

TERROR

YO, LA LOBA

JOE MOGAR

Me acerco al espejo.

Nada aún… Sí. ¡Ahora!

Mis pupilas se empequeñecen, se rasgan mis ojos que brillan… me duelen las manos, los dedos…

¡Me los miro!

Mis dedos se alargan… se crispan… mis uñas se endurecen, se alargan… siento que la carne me arde, que la piel se me desgarra, atravesada por los pelos duros y largos como cerdas… y que mi rostro se convierte en algo horrible.

Los dientes, colmillos de fiera babeante, mientras que mis labios se alargan hacia los extremos de la boca, volviéndose negros, más negros…

Brazos peludos, zarpas…

¡Es la llamada!

Miro a mi alrededor, lanzo un aullido… en tanto que a mi olfato llega el olor de la carne fresca… de cualquier aterrorizado pasajero de a bordo, doy un salto, aullando… babeando espuma por mis fauces sedientas, y cruzo la puerta hacia el exterior…

En el cielo, coronado de estrellas, la luna llena baña el mar y el islote, con su claridad de plata.



Joe Mogar

Yo, la loba

Bolsilibros: Selección Terror - 49

ePub r1.0
Titivillus 20.02.15

Título original: *Yo, la loba*
Joe Mogar, 1974
Diseño de cubierta: Desilo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La isla no estaba en las cartas de navegación. Era un simple puntito perdido en la inmensidad del archipiélago malayo.

Claro que Grant Taylor, capitán del *Colombo*, yate de recreo, nada sabía, por el momento. Lo mismo podía decirse de Kerry Drake, uno de los mejores periodistas del *Courrier* de San Francisco.

Tampoco el resto del pasaje, cuatro hombres, sin contar a Drake ni al capitán, todos invitados por el propio Simon Dugan, propietario del yate, de varias casas de juego, de varios millones.

Cuatro hombres y tres mujeres, contando claro está, a Natalia Chambers.

Eso era lo que contaba a bordo del *Colombo*, en ruta de Singapur a la Isla de Laolu.

La estaba buscando; se puede decir que Drake la buscaba a todas horas. Natalia, desde que embarcaran, le fascinaba. Por eso, luego de abandonar la cabina del capitán, subió a cubierta.

No estaba allí.

Decepcionado, Drake miro a su alrededor, hacia el sillón que siempre ocupaba la muchacha. Sacudió la cabeza, dio un par de vueltas sobre cubierta y, cada vez más decepcionado, encamino sus pasos hacia el salón. Antes de llegar, Kerry Drake, oyó claramente la estación de radiotelegrafía, y aquello le hizo pensar en Alf Mckenna. En éste y en los mensajes que continuamente mandaba al éter y, que continuamente recibía, al parecer sin orden ni concierto.

Y continúo pensando en él y en lo extraño que parecía todo a bordo del *Colombo*. Dejo de hacerlo ya junto a la puerta que daba acceso al salón.

Había alguien dentro. Alguien que estaba haciendo funcionar el aparato de radio. Vacilo entre entrar o no, hasta que decidido ya, empujo la puerta y cruzó el umbral.

Frente a los mandos del receptor, había una mujer, pero no se

trataba de Natalia, sino de Cora Perkins.

Natalia… Bueno, hubiera sido una suerte para él.

Kerry hizo ademán de retroceder, pero ella le estaba mirando ya.

—Hola, Kerry —saludo jovialmente—. Pase y no se quede ahí.

Si, era una mujer hermosa, casi tanto como Natalia, pero quizás de otra clase. Un corto, pero elegante vestido, mostrando las piernas desde mucho más arriba del medio muslo, perfectas, largas, cubiertas por el nylon de las medias. La curva del nacimiento de los firmes senos entrevistos a través del escote… y su sonrisa, vagando entre los rojos y sensuales labios.

Había que decir algo. Drake, lo pensó cuando llegó junto a ella.

Lo hizo.

—¿Qué decía la radio *mistress* Perkins? —preguntó.

Ella se recostó contra el respaldo del sillón como un grande y poderoso felino, y sus pechos se marcaron fuertemente bajo la tela del vestido, pero no pareció notarlo.

—Alguien que ha matado a no sé quién —repuso—. Lo mismo de siempre, aunque ahora los estáticos no me han dejado terminar de oír la noticia. ¡Ande! Pruebe usted —hizo una pausa y le mostró los blancos y perfectos dientes en una nueva sonrisa, y añadió—: Aunque creo que es una tontería. Cuando consiga captar la onda, ya habrán terminado. Y el caso es… —de nuevo hizo una pausa, para añadir a continuación—: No sé cómo explicarme, Kerry. Pero si, dentro de veinticuatro horas, no ocurre nada que rompa la monotonía de este maldito viaje, creo que todos vamos a saltar como cuerdas de guitarra. Si, desearía que ocurriera algo. ¿No ha visto a los de ahí dentro? No hacen nada más que comer y beber como cerdos. Pero ¿qué ocurrirá después? ¿No se ha fijado en la tensión que hay a bordo? ¡Diablos Kerry! Parece que en el ambiente aflorara algo siniestro.

Drake, no respondió.

La estaba mirando, pensando que tenía razón.

Trato de sonreír.

—¿Qué puede ocurrir, *mistress* Perkins? —preguntó.

—¡Que se yo! Pero desde luego, nada bueno.

Se puso de pie con lo que la falda pareció ser incluso mucho más corta de lo que era en realidad.

—¿Se marcha?

—Sí —replicó ella—. A dormir, si puedo. Esto no lo aguanta nadie.

Se le acercó, fascinante, lo mismo que una serpiente. Había una maligna promesa en sus entreabiertos labios y en sus ojos, cuando se detuvo frente a él para mirarle.

—Buenas noches —susurró.

—Buenas noches, querido —respondió ella, rozándole, envolviéndole de pies a cabeza con embrujo, con el costoso perfume que usaba—. Si ocurre algo inusitado esta noche, llámeme. Mi marido estará bastante ocupado esta noche con los naipes y el *whisky*.

Drake no respondió, esperó a que se apartara un poco, y dijo, justo cuando ella estaba llegando a la puerta.

—Un momento, por favor —Y se volvió a observarle, envolviéndole en una extraña mirada. Entonces Drake añadió—: ¿Ha visto a *miss* Chambers?

Los ojos de Cora se regocijaron.

—Sabía que terminaría por preguntarme eso, Kerry —respondió —. No, no la he visto, aunque creo que está abajo, trabajando. ¿No cree que Simon, abusa un poco al tenerla ocupada a estas horas?

No respondió. Pensaba en Simon Dugan y en sus millones. Y lo maldijo, lo mismo que aquella maldita arpía y sus funestos deseos, según decía, para romper la monotonía de aquel viaje.

Pero no era verdad, lo único que había dicho fue que algo siniestro, flotaba sobre el yate.

Había… había conseguido ponerle nervioso.

—Buenas noches, Kerry.

El hilo de sus pensamientos, se rompió en mil pedazos, pero no contestó; la dejó ir, siguiendo con los ojos, el felino movimiento de sus caderas. Si desde luego, Cora Perkins, a sus veintiocho años, era una mujer muy hermosa.

Esperó un poco, no mucho, apenas dos o tres minutos, y entonces abandonó el salón para tropezarse con Grant Taylor.

—Buenas noches, Drake —saludó el capitán—. Esperemos que no suceda nada.

Drake, hizo una mueca.

—Buenas noches, capitán —respondió.

Le vio alejarse, con una sombra en los ojos. Otro que, lo mismo

que Cora…

Las súbitas risotadas, procedentes del camarote que ocupaba Dugan en el yate, interrumpieron aquellos nuevos pensamientos.

Decididamente, pensó, era mucho mejor irse a dormir.

En el agua, por la línea del horizonte, empezaba a surgir la luna.

* * *

Está saliendo la luna; desde aquí puedo verla, y me aterroriza, me da miedo.

¿Cuánto falta para la luna llena? Días… muy pocos días, y todo volverá a empezar.

La horrible pesadilla, el horrible mal que me consume, volverá a mí.

Me miro al espejo, soy hermosa. Es una verdad. Y de nuevo, en mi mente surge la pregunta: ¿Por qué? ¿Cuándo y dónde me inculcaron el virus?

No lo sé.

Y los hombres… si ellos lo supieran, ¿qué sería de mí? Tengo miedo, verdadero terror, a pesar de la imagen que ahora refleja el espejo en que me contemplo.

Mis labios son rojos, mis dientes perfectos. ¿Cuántos hombres me desean, cuántos me aman? ¿Cuántos me han acariciado y besado… en los labios? ¿Cuántos me besaron de nuevo aquí, en el yate? Algunos, desde luego; Kerry Drake, entre otros.

Me gusta que lo hagan, me gusta amar y ser amada, pero no puedo.

Me miro ahora las manos, de dedos largos y cuidados… Mis uñas son largas, también cuidadas, nacaradas, hechas para acariciar… y me dan miedo…

Luego en cubierta, en el comedor, a representar la comedia, a sonreír, a hablar de ñoñerías, a ponerse a tono con las noticias, con la bolsa, con la época que me toca vivir… y la luna elevándose en el cielo, más y más… y lo presiento…, presiento la horrible pesadilla, el terror oscuro que me domina, en… los besos de Kerry…, si puede ser, y el fingir, fingir, siempre en sus brazos o en los de otro… y no puedo, no quiero amar… No soy como las demás mujeres…, no lo

seré nunca.

Mis dientes, perfectos, blancos, llenos de elogios por los hombres, e incluso por las de mi sexo. ¡Si ellos y ellas supieran! Pero no lo saben…, ni lo sabrán mientras continué fingiendo, mientras pueda fingir.

Y los perros…, me dan miedo los perros, verdadero pánico, me hacen estremecer en su búsqueda…, buscando mi rastro por los campos desérticos del sur de Inglaterra, entre la bruma, entre la niebla que también envuelve mi corazón.

Mis piernas, esbeltas, largas…, y mis brazos…, perfectos. Lo sé, lo dicen todos, pero eso no cuenta para mí. Yo también lo sé, estoy convencida de ello.

La luna, de nuevo la luna llena…, las fauces de la fiera, el aullido terrorífico en medio de la noche, de la silenciosa noche…, y la chorreante sangre entre tirajos de carne palpitante…

Matar…, matar… ¡Matar!

No lo deseo, pero no puedo evitarlo.

Quiero llorar, pero ningún sonido surge de mi garganta, ningún sollozo estremece mi bella garganta, ni mi bello cuello de cisne.

El aullido de los perros, llega hasta mí…, pero en el *Colombo* no hay perros…

Y a pesar de todo me estremezco, aparto los ojos del espejo y miro la puerta del camarote; escucho.

No se oye nada a bordo.

Sólo el sonido de las maquinas del yate.

Me miro las manos.

Nada, todavía nada.

Miro la litera y, lentamente empiezo a desnudarme. Al terminar, me dejo caer hacia atrás, y pongo las manos bajo mi nuca.

Pienso, con los ojos fijos en el techo…

Mañana, un hombre besará mis labios, y le mostraré mis blancos dientes en una bella sonrisa…, con deseos expresos de clavárselos en la yugular.

Es espantoso.

Me duermo con ese pensamiento en la mente, y sueño… en los viejos campos de la no menos vieja Inglaterra.

CAPÍTULO II

Drake, se sentó en la litera, sin saber, a ciencia cierta, que era lo que le había despertado.

Escuchó; unos segundos más tarde tuvo conciencia de que las maquinas del yate se habían detenido, por lo que saltó de la litera y se vistió apresuradamente.

Cuando llego a cubierta, estaban todos allí, junto a la barandilla de estribor. Grant Taylor, Cora Perkins, Simon Dugan, Larry Perkins, esposo de Cora, Joel Heath y Jim McAllyson.

También Natalia Chambers.

Sus *shorts* y sus bellas piernas desnudas.

Drake se acercó, al observar como todos miraban al mar, bañado por los pálidos rayos de la luna en su cuarto creciente, y preguntó, al azar, sin dirigirse a nadie en concreto:

—¿Qué ocurre?

Taylor, el capitán, respondió sin mirarle:

—Acércate Kerry, tenemos visita.

Miró hacia abajo; un malayo cubierto por un *sarong* y una blanca chaqueta. A su lado, Dick Murphy, segundo de a bordo, un hombre que no le gustaba, en modo alguno.

El malayo, ya en cubierta, les miró. Estaba asustado, aquello era obvio para Drake, y quizá para los demás. Su expresión, la mirada evasiva de sus ojos, era un claro indicio de que no se equivocaba.

Entonces le oyó hablar, a Taylor, sin duda alguna atraído por su uniforme y oyéndole, notó que una corriente helada, de horror, de miedo, le sacudía de pies a cabeza, mientras se preguntaba si un hombre como aquél, era capaz de inventarse una historia semejante.

Intentó decir algo, intervenir, pero no pudo, porque la voz de una mujer, se adelantó a sus deseos:

—¿No le parece, capitán, que nosotros también tenemos derecho

a saber lo que dice ese malayo?

Kerry Drake se volvió para mirarla con el semblante demudado, color tierra, porque si aquello era verdad, no había modo de luchar contra… contra un imposible…, contra una leyenda. ¿Pero no dijo, no juró, una y mil veces, que él no creía en…?

Sharon Dugan, la hija del millonario, dueño del yate, estaba allí. Vistiendo un vaporoso y transparente salto de cama, de nylon azul cielo, y el rubio pelo cayéndole en cascada dorada hasta media espalda.

Joven y bonita; más que bonita, hermosa, incitante, tanto o más que Natalia, tanto o más que Cora Perkins.

Como en sueños, oyó la respuesta de Taylor:

—Por supuesto que sí, *miss* Dugan. Este hombre se llama Orsu, y cuenta una historia que… —se interrumpió unos segundos para añadir a continuación—; creo que será mucho mejor que la cuente el mismo, —se volvió, enfrentándole, y le hablo en inglés—: Anda Orsu, explícanos lo que viste.

—¿Aquí, *Tuan*? —pregunto, también en inglés.

Tenía los dientes clavijados, entrechocando entre sí, dilatadas las pupilas, temblando a punto de caer a tierra, o dando aquella impresión. Pálido, quizás, aunque nadie hubiera podido jurarlo por el color de su piel.

Y el silencio ante aquella pregunta, que rompió Natalia, saliendo ahora entre el silencioso grupo de espectadores.

—Vamos, Orsu —dijo, con una sonrisa—. Ven conmigo.

Le tomó del brazo y tiró de él hacia el salón, seguido de todos los demás.

El malayo y su miedo, su terror a lo sobrenatural, raza cargada de superstición…, que se detuvo en el centro del corro, encarando de nuevo al capitán Taylor.

—Vamos, Orsu —le adelantó el capitán—. Cuenta lo que sabes. Aquí nada va a pasarte.

Una vez más, los ojos del malayo recorrieron los ojos de los presentes, y al fin empezó a hablar:

—El…, el hombre lobo, *Tuan*… ha aparecido. En el islote… Yo… yo le vi… El hombre…

Al terminar con su historia, el silencio en el salón era espeso. Kerry Drake, observándoles atentamente, oliendo el reportaje

sensacionalista, para lo venidero, a pesar de que estaba haciendo esfuerzos para no dejarse vencer por lo que notaba en los demás, por el miedo.

Miro a Natalia.

Pálida, casi terrosa, con los ojos dilatados, y los pechos marcándose bajo la tela de su vestido debido a su agitada respiración, pero parecía entera. Cora Perkins y su marido, tanto o más pálidos que los demás, casi aterrorizados. Simon Dugan parecía tranquilo, en apariencia. Su correcto e impasible rostro no indicaba, a Drake ni a nadie, lo que en realidad estaba pensando.

A su lado, oyó entrechocar los dientes de Sharon. La miro; tenía los ojos brillantes, verdes y brillantes como los de un felino, pero sintió lastima de ella, ante el rostro casi cadavérico, desencajado. Una de sus manos, la izquierda, se agarrotaba en el nylon, allí donde empezaba el muslo prieto y juvenil.

El resto ofrecía idénticas similitudes en lo que al terror, al miedo se refiere.

La pregunta de Taylor rompió el angustioso silencio que se cernía entre ellos.

—¿Qué piensa de esta historia, míster Dugan?

El dueño del *Colombo* se puso en pie, y sus pies y cinco pulgadas parecieron proyectarse sobre todos, como una sombra, como algo terrorífico, pero sin que nadie pudiera especificar el verdadero motivo de aquella sensación.

—Creo que este malayo miente capitán —replicó—. A nadie en su sano juicio, se le ocurriría creer esa historia.

—Yo opino lo contrario. Y apuesto cualquier cosa a que Orsu ha dicho la verdad.

Todos los ojos se volvieron a Heath, que les aguanto la mirada. También había palidecido un poco, pero se mantenía sereno.

—¿Por qué no lo cree así?

—En mi conocimiento de los malayos, míster Dugan —respondió —. Ninguno de ellos es capaz de idear una historia como ésa. Y aunque fuera así, ¿quiere explicarme por qué lo ha hecho?

Dugan no respondió, se limitó a mirarles a todos hasta que detuvo sus ojos, pardos y fríos, en el rostro de Drake.

—¿Qué opina usted de todo esto, Kerry? —inquirió.

Drake forzó una sonrisa.

—Estoy en desacuerdo incluso conmigo mismo —respondió.

—Explique eso, ¿quiere?

—El siglo en que vivimos, el siglo XX, no está muy en consonancia con estos hechos ¿verdad?

Dugan tampoco le respondió, pero enfrentó al malayo.

—¿De dónde has sacado esa historia, Orsu? —preguntó.

—Yo Orsu, he dicho la verdad, *Tuan* —replicó, siempre en inglés —. ¿Puedo yo, Orsu, mentir en eso? ¿Por qué?

Dugan, como si aquello fuera una inveterada costumbre en él, tampoco contestó. Se limitó a preguntar mirando ahora a Taylor.

—¿Y usted qué opina de esto capitán?

Fue el único que se permitió una sonrisa, tal vez un tanto escéptica, antes de responder.

—Nada. Nada, como no sea afirmar que yo también opino como Kerry. Esas viejas historias de vudús, hombres lobos, vampiros y otras tantas… no me van.

—En ese caso ¿Qué me aconseja que haga?

—Usted es el dueño del yate —respondió Taylor—. Pero si en algo sirve mi opinión, ¿por qué no vamos a ese islote y lo comprobamos?

Dugan miro a las mujeres.

Cora apartó la vista. Sharon hizo un gesto despectivo con la boca, y Natalia se limitó a extender una de sus desnudas piernas frente a ella, recostándose, de paso contra el respaldo del sillón.

Eso fue todo, por lo que Dugan desvió los ojos hacia Taylor.

—De acuerdo —dijo—. Usted gana, capitán. Iremos a esa isla, si me dice dónde está.

Taylor miro a Orsu, y le habló rápidamente en malayo. Luego enfrentó a Dugan.

—Orsu, dice que la isla no tiene nombre, pero que está al sur de Laolu. Un pequeño islote, cubierto de vegetación. Dice que lo reconocerá en seguida, que conoce estos mares.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, *Tuan*. Yo, Orsu, puedo indicar también el lugar en que fondeó la goleta.

Una goleta y un hombre lobo… y el destrozado cadáver de…

El silencio volvía a ser espeso. Kerry Drake parecía estar ensimismado ante la exótica belleza de Natalia, pero no era así. Su

ágil cerebro trabajaba a marchas forzadas, tanto, que apenas se oyó la voz de Dugan, dirigiéndose, una vez más a Taylor:

—Correcto, iremos a ese islote o como cuernos se llame —miró al malayo, y continúo—: si me has mentido, te aseguro que no volverás a mentir más en tu vida.

Y abandonó rápidamente el salón, sin dar las buenas noches.

Taylor hizo lo propio. Segundos más tarde, miró la dirección de los ojos de Kerry, sonrió con malicia, y susurro, de pasada:

—Ven luego a mi camarote, Kerry. Quiero hablar contigo.

Kerry no respondió, aunque apartó los ojos de las piernas de Natalia.

Para continuar meditando.

Tanto es así que lo único que recordó después, fue cuando ella salía después, creyendo que estaba solo se levantó para salir, y en aquel momento oyó la voz un tanto nerviosa, un tanto nerviosa, de Sharon.

—¡Diablos, Kerry! —exclamó—. Por lo visto, es usted igual que todos, delante de unas piernas de mujer ¡No! ¡No me mire así! Ya sé que le gustan las de Natalia —se le acercó, sonriendo, con los ojos brillantes, más verdes que nunca, más malignos si cabe—. ¿Ha pensado alguna vez que soy una mujer rica, Kerry Drake?

Preguntándose que intentaba, hizo ademán de retroceder, pero no pudo, ya que ella elevo los brazos hasta su cuello, aplastándose contra él, y fue como si una llamarada le sacudiera de pies a cabeza, haciendo arder todo su interior en un fuego devastador.

Intentó luchar contra lo inevitable, y perdió, como cosa lógica, sorprendiéndose a sí mismo cuando la enlazó por la cintura, besándola en los labios, correspondiendo a todas y cada una de sus caricias.

Después, un rato después, sólo quedo ella por lo que los recuerdos se borraron de su mente.

Cuando recobró la conciencia de las cosas, se encontraba en el puente, caminando hacia la escalerilla de babor, que le conduciría indefectiblemente hacia el camarote del capitán, con la vaga sensación de que no sabía lo que había ocurrido en realidad con Sharon, y a dónde diablos había ido a parar ella luego de todo lo ocurrido.

Hasta que se sobresaltó, al ver la figura de una mujer acodada

en la barandilla.

¡Natalia!

Lentamente, pensando en que era extraño lo que ocurría respecto a aquellas dos mujeres: a Natalia y a Sharon, se acercó.

Natalia no se movió; no lo hizo ni cuando le tuvo a su lado, a pesar de que sabía que era él.

—¿Contemplando el mar, y pensando en la historia del hombre lobo que contó ese malayo *miss* Chambers? —preguntó, notando como sus bellos hombros semidesnudos se estremecían.

Entonces si le miró, con sus grandes y almendrados ojos negros.

—Pensaba en usted, Kerry.

Violentamente asombrado, aunque su rostro de halcón no lo delató, inquirió.

—¿Por qué?

Ella, como siguiendo el curso de sus pensamientos, añadió:

—En usted y Sharon Dugan.

—¿Qué intenta decirme?

Se le acercó tanto, que Drake notó el suave calor de su cuerpo.

—Le vi con ella en el salón, Kerry. No me lo negara ¿verdad? —Hizo una ligera pausa y añadió, con el rostro tan pálido, tan cerúleo como cuando estuvieron en presencia del malayo—: Todos los hombres son por lo visto, iguales, aunque nunca sospeché que Sharon le gustara tanto.

—¿Creíste que me gustabas tú, Natalia? —la tuteó él.

—Sí, así es. Pero yo soy nada más que una simple secretaria particular, aunque lo sea de un hombre tan poderoso como míster Dugan; demasiado poco, para un periodista de su talento.

—Sin embargo estás en lo cierto, Natalia. La única mujer hasta el momento…

Su risa, un poco brusca, quizá un poco nerviosa, le interrumpió.

—¿Espera que crea eso, Kerry? —Sonrió despectivamente—. ¿Es que no tiene bastante con los besos que le dio Sharon? ¡Claro que no! Espera los míos, ¿verdad? Si claro, es eso. Bien, Kerry, voy a dejar que me bese y después… compare.

Se empinó sobre las punteras de sus zapatos de alto tacón, y le enlazó el cuello con los brazos. Había fuego en sus besos y caricias, fuego en toda ella.

Al terminar, un minuto más tarde, susurro:

—¡Compare, Kerry! Pero no intente besarme otra vez, hasta que no esté convencido de la comparación —miro hacia el cielo, hacia la luna, que caminaba ya en su cenit, y añadió, en un susurro tan bajo, que Drake, apenas si la oyó—: Pasado mañana habrá luna llena. Lo sabe, ¿verdad? Luna llena y esa… esa… estoy aterrorizada, y no puedo… no puedo…

Dio media vuelta y corrió, con el rostro desencajado, hacia la escalerilla que debía conducirla hacia los camarotes. Kerry quedo allí, asombrado, luchando consigo mismo para no dejarse vencer por el pánico que adivinaba en los demás, por el horroroso terror que latía en cada una las palabras finales de la muchacha, y lo consiguió… o lo creyó así, por el momento.

Hasta que pensó en Cora y en sus palabras. Empezó a andar, notando ahora que era verdad, que algo siniestro, horrible, bestial, flotaba sobre el yate. ¿Qué diablos pasaba a bordo? Es que se estaba volviendo loco, o eran los demás los que lo estaban.

Cora y sus malditas predicciones. Los besos y caricias de Sharon y, más tarde, la propia Natalia, como una promesa, como una comparación según dijo, y su alusión a la luna llena.

Y un maldito malayo con una historia que contar, con una historia macabra y lúgubre, una historia completamente increíble.

Sin poderlo evitar, Drake, levantó los ojos hacia el firmamento tachonado de estrellas, y los fijó en el astro rey de la noche. Luna llena dentro de cuarenta y ocho horas…

Y maldijo entre dientes cuando empezó a andar, dándose cuenta de que, sin poderlo evitar, miraba a su alrededor. Luego se detuvo.

Pasos a su espalda, como el deslizar de unos pies suaves, sin rastro, sin huella, sin el ruido característico del calzado…, pies desnudos, de terciopelo, pies con garras…, y que se movían en la sombra hacia él…, cerca, cada vez más cerca.

Se volvió en redondo, ya con la mano en la funda de la axila donde reposaba un revolver calibre veintidós, pegándose a uno de los mamparos del buque.

Nada.

Absolutamente nada.

Debía estar soñando… En lo alto, cabalgando por el espacio, la luna no había llegado aún a su plenitud.

Zarpas de fiera a su espalda… Drake, rió nerviosamente, apartó

la mano de la culata del arma, y continúo andando.

Unos minutos más tarde, empujaba la puerta que daba acceso al camarote del capitán del *Colombo*.

* * *

Cuarenta y ocho horas.

¿Cómo ocurrirá?

¿Cómo empezara la pesadilla y a quien le tocará esta vez? ¿A Kerry Drake? Sería una pena. Se lo estaban disputando entre las tres. Nos lo estábamos disputando o nos lo disputamos que no es lo mismo.

¿Amo a Kerry?

No sé la respuesta, no lo sabré nunca. Soy, en apariencia como las otras… por lo menos ellos lo creen así, pero yo sé que no es cierto. Sólo yo lo sé.

Mis brazos y mis uñas. Mis dientes cuando sonrió. Pronto no será lo mismo, cuarenta y ocho horas, y mataré, mataré una vez más, sin que nada ni nadie pueda evitarlo.

Ni yo misma.

Saciaré la bestia que llevo en mí, ahogándola en sangre y carne… en horribles pedazos… en cualquier lugar del barco en el que navego.

Orsu, ese maldito malayo, con su historia. Él debe ser el primero… Él… ha hecho que se piense en mi… como fiera. En que traten de descubrirme porque, aunque nadie hable, aunque nadie lo diga, lo cierto es que piensan; piensan en esa posibilidad, que creen una leyenda, o por lo menos intentan creerlo así.

Verán el cadáver destrozado bajo los árboles, las dentelladas en su cuerpo, en su garganta… y las zarpas de la fiera…, y lo buscarán…, y me buscarán a mí.

Pero no hay perro…, lo que es una ventaja.

El espejo. ¿Qué me dice el espejo?

Soy hermosa. Kerry y todos a bordo lo saben, pero mi belleza está maldita. Una belleza que no muere nunca, que no puede morir… aquí en el *Colombo,* donde ninguno tiene posibilidades, porque les falta lo principal. Pero tengo miedo a una herida…, a sus

atroces dolores, que tardan en cicatrizar, que marcan mi belleza, como la que tengo en mi espalda.

La ballesta de un cazador furtivo… y los perros. La alucinante huida entre los árboles, los matojos, y el agua, contra el viento para hacerles perder el rastro.

¿Qué haré ahora?

¿Cerrar la puerta de mi camarote para no poder salir?

Sería peor… Todo se destrozaría, y ocurriría, después, lo inevitable. Debo dejarla abierta, debo tenerla abierta, así para cuando empiecen los terribles dolores, para cuando empiece a revolcarme en el suelo, aullante, babeante, para cuando mi cuerpo hermoso de mujer joven, deseable, hermosa, se convierta en lo que en realidad es, una fiera.

Continúo mirándome al espejo. Mis ojos son bellos, inocentes, puros… y el horror de lo que soy, de lo que sé, me atenaza, y mis pechos se agitan bajo la tela del vestido. Entonces llevo las manos a mi garganta porque apenas si puedo respirar.

Miro ahora la litera, sabiendo que esta noche no podré dormir. Entonces me vuelvo en redondo y me acerco al «ojo de buey» para mirar al mar. Pero no lo hago así… porque me es imposible.

En la distancia, en la línea del horizonte, la luna empieza a ocultarse.

Pronto amanecerá un nuevo día, y la pesadilla para mí habrá terminado… para convertirse en algo más atroz, en la convivencia con los demás seres de a bordo.

Con seres que tengo que matar.

CAPÍTULO III

—No me gusta esto, Kerry —dijo, tan pronto como se enfrentó con él.

La vaga sensación que experimentaba en el puente, cuando se dirigía hacia allí, se acrecentó en Drake, pero no lo especificó.

—¿Te refieres a la historia que contó Orsu?

—Eso también —repuso Taylor—, pero no es eso lo que quiero decirte, sino todo en general.

Drake hizo una mueca.

—Tampoco me gusta a mí —dijo—. Hay algo siniestro flotando en el ambiente. Casi… casi lo noto.

—Sí, eso es. No me explico, pero estoy nervioso. Lo estuve ya desde el primer momento que míster Dugan me contrató en los muelles de Singapur.

—¿Fue él? Entonces, ¿por qué no rehusaste?

—A decir verdad, no fue él, sino el antiguo capitán del *Colombo*, ahora enfermo. Me presento a Dugan, y aquí me tienes, de capitán temporal del yate.

Drake lo miro pensativamente hasta que comento:

—Lo que no entiendo es por qué se te ocurrió invitarme a este crucero de placer, según tus propias palabras de aquel día. No le gustó mucho a Dugan, a juzgar por la cara que puso. Al parecer no le gustan los periodistas, y me estoy preguntando por qué.

Se miraron los dos, hasta que Taylor rompió el silencio:

—No lo sé, no sé nada, pero continúo pensando que esto no me gusta.

Drake dudó unos segundos, antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Qué me dices del matrimonio Perkins, Grant?

Taylor se encogió de hombros.

—No sé nada más que son conocidos de Dugan y su hija.

—Y de Sharon, ¿qué me dices de ella?

—Simplemente que es una mujer muy hermosa. Una mujer fascinante.

Drake guardó silencio.

Pensaba velozmente hasta que tradujo parte de sus pensamientos en palabras.

—Y de Joel Heath y Jim McAllyson. ¿Qué me dices?

—El último, que es íntimo de Dugan. En cuanto al otro, es para mí un misterio. Sólo he averiguado que está a bordo a causa del cónsul inglés de Singapur.

Drake pensó en Orsu y en su horripilante historia y, una vez más en Natalia. ¿La amaba? No lo sabía. Era la misma respuesta que podía darse respecto a Sharon Dugan.

—Hay otra cosa que me choca, Grant —dijo, de pronto—. ¿A qué se debe que Dugan con todo el aspecto de *gangster* que tiene, lleve siempre invitados a bordo? Es lo mismo que pasa en tierra. ¿Por qué? ¿Lo sabes tú?

Taylor denegó con la cabeza.

—Capricho de millonario —declaró, después.

Pero Drake no quedó conforme con aquella explicación.

—¿Por qué permanece anclado el yate, Grant? —Fue lo que pregunto ahora.

—Espero a que amanezca para que Orsu me indique el camino hacia el islote —le miró sonriendo y añadió—: ¡Ahora podrás encontrar un buen reportaje para tu periódico, Kerry, si antes ese hombre lobo…! —Se echó a reír—. Si antes sus mandíbulas no terminan con nosotros.

Aquello dio a Drake una idea para formular otra pregunta:

—¿Qué has hecho de Orsu?

—Está en manos de Dick Murphy.

—¿Qué sabes de tu segundo oficial?

Taylor le miro directamente a los ojos, antes de contestar.

—No me gusta, pero nada puedo hacer, Kerry. No olvides que lo contrató el propio Dugan, a pesar de las protestas de Sharon.

—¿Qué escondemos todos en la manga, lo sabes tú? —Fue la respuesta que recibió de Drake.

Taylor se encogió de hombros, y Drake volvió al tema del malayo:

—¿Crees que puede ser eso…, eso que dijo lo que ha causado la muerte de varias personas? Es… es fantástico, ¿no? E increíble, de todo punto.

—No lo sé. ¡Cuernos! —estalló de pronto—. ¿Sabes que me estoy cansando de todo esto?

Drake pensó que lo mismo le ocurría a él, de no ser por Sharon y Natalia. Y se puso en pie, con el vago convencimiento de que sus pensamientos eran un tanto cínicos.

—Me voy a dormir —dijo, yendo hacia la puerta—. Que pases una buena noche.

—Gracias —replicó Taylor, sin moverse del sillón donde estaba sentado—, aunque estoy seguro de no poder hacerlo.

El largo pasillo estaba desierto, y el silencio era tan intenso que, desde allí, podría oír los pasos del segundo oficial, en la cubierta, yendo de un lado a otro, en la primera guardia de la noche.

Pensó en Orsu, y frunció el ceño. Se había criado en Singapur, y conocía bien a los malayos. Sabía positivamente lo que ocurriría, si aquella historia se propagaba… La muerte de tres hombres, uno de los cuales estaba enterrado en aquel islote. Un hombre que había sido destrozado por los dientes de un hombre lobo.

Se estremeció, y una vez más, miró a su alrededor.

Nada.

Era absurdo, pensó, abriendo ya la puerta que daba acceso a su camarote. Y ya no tuvo tiempo de hacerlo en nada más, porque unos brazos rodearon su cuello cuando alargó los suyos para encender la luz.

No por eso dejó de hacerlo, a pesar de que aquellos labios le estaban abrasando la boca. El camarote se vio inundado de claridad, y Drake fue estrujado materialmente contra el cuerpo deliciosamente perfecto de Sharon.

—Te estaba esperando, querido —dijo ella, cuando terminó con las caricias—. No quería irme a dormir, sin antes…, sin antes…

Comiéndose la sorpresa que sentía, Drake le indicó que se sentara, y él lo hizo sobre la amplia litera.

—¿Qué quieres, Sharon? —preguntó, tan pronto como lo hubo hecho.

—Hablarte de esa historia, Kerry. ¿Crees en ella? ¿Qué encontraremos en ese islote? Yo… yo empiezo a tener miedo.

Estaba diciendo la verdad, tenía el terror retratado en el fondo de las pupilas, y su rostro bello, hermoso, poseía ahora el color terroso.

—¿De qué tienes miedo?

Ella ladeo la cabeza, y miró hacia el «ojo de buey» del camarote.

—La luna, Kerry…, la horrible luna… y no hay modo de matar a la fiera. ¡No la hay! —casi gritó—. Sólo uno, pero aquí en el *Colombo*, no es… no es posible… Y pasado mañana, en la noche, va a ocurrir —se estremeció de pies a cabeza—. Sé que ocurrirá, que alguien… que alguien más terminará…, terminará… ¡Y será el primero, Kerry! Lo comprendes, ¿verdad? Y…, y estoy sola, muy sola. Mi padre… —se interrumpió para añadir, al cabo de unos segundos de silencio—… no se de quien será la culpa pero nunca nos llevamos bien.

Drake la miro atentamente. El terror seguía en sus ojos, que ahora brillaban de modo inusitado.

—Si puedo ayudarte en algo… —empezó.

Sharon se puso en pie, y Drake la imitó. Al segundo siguiente, la tuvo entre sus brazos.

Le besó en los labios, prendiéndole las manos en las solapas de la chaqueta.

—¿Lo harías? ¿De verdad lo harías, Kerry?

—Por supuesto que sí, pequeña.

—Entonces… entonces… ¡No me eches de aquí, Kerry! Tengo miedo… y… y voy a quedarme —miro la litera—. Puedo dormir ahí. No… no quiero enfrentarme con la fiera. ¡No lo deseo! ¿Comprendes? —Y le zarandeo con fuerza, nerviosa, con los ojos dilatados, muy abiertos por el terror que latía en su interior—. No me eches, Kerry… yo… yo.

—¿Y yo…?

—Ahí también —repuso Sharon, en un susurro.

* * *

Natalia estaba en cubierta.

Bajo sus pies, las maquinas del *Colombo* latían rítmicamente.

No estaba sola, ya que el resto del pasaje también se encontraba

allí, exceptuando a Sharon.

Drake, se acercó al lugar que ocupaban Murphy, Taylor y el malayo, pero lo hizo mirando a la muchacha. Pensando que por primera vez desde que la conociera, no llevaba los *shorts*, sino una breve minifalda, y las piernas cubiertas de nylon color carne.

—¿Hacia la isla, Grant? —preguntó.

La respuesta corrió a cargo del propio Dugan.

—Sí, míster Kerry —dijo—. Y espero que haga un buen reportaje de todo esto… hombres lobo…, bestias humanas que aúllan y matan por la noche… ¡Bah! —Miró a Orsu y añadió—: Eso en el caso de que este maldito malayo no haya mentido.

—¿Por qué tenía que hacerlo, míster Dugan? —inquirió Drake.

Dugan sacudió los hombros.

—Confieso que no lo sé —respondió—, pero la historia me intriga. Me intriga hasta tal punto que tenía que llegar a Laolu, y me he desviado precisamente por ello. Pero ahora me pregunto si he hecho bien o mal.

—Usted es el dueño del yate, y nosotros sus invitados. Por lo tanto acatamos sus decisiones.

Dugan lo miro, inquisitivo.

—Se aburre a bordo, ¿verdad periodista? —preguntó—. Le creo. Todos no sirven para beber o para jugar. ¿Es abstemio?

Drake forzó una sonrisa.

—No —replicó—, pero tampoco soy una cuba.

Apartó los ojos de Dugan esperando su respuesta, y entonces se dio cuenta de que Natalia le estaba mirando, y la extraña expresión que tenía en los suyos.

«¿Has comparado ya, Kerry?, parecía decir: Si es así ¿por qué no te acercas?».

Ni siquiera oyó la respuesta de Dugan, y tal vez no hubiera oído tampoco la pregunta de aquél a Taylor, si en aquel momento no hubiera dejado de mirarle.

—¿Cuándo llegaremos a ese islote, capitán?

—Sobre las cuatro o cinco de la tarde.

—Correcto. Ahora deseo que me acompañen todos los que estuvieron conmigo en el salón. ¿Algo en contra?

Cora Perkins fue la única que respondió.

—¿Por qué no hemos de hacerlo nosotras también?

Perkins, su marido fue el que contestó:

—Porque las mujeres, querida, según míster Dugan, estorban en todas partes.

Cora no respondió, les lanzó una mirada venenosa y se marchó por la escalerilla de popa.

La tensión seguía a bordo.

Drake lo pensó así, mientras se acercaba a Natalia.

—¿Por qué no dejamos a toda esta chusma, y nos aislamos un poco? —preguntó directamente a su espalda—. ¿Vienes?

Sin volverse a mirarle, la muchacha respondió:

—¿Para qué quiere mi compañía, Kerry? Sé que Sharon pasó la noche con usted en su camarote. La vi por casualidad, cuando esta mañana salía de allí…, y estuve a punto de ofrecerle un peine para que se arreglara el cabello.

—Eso se llama espionaje, y no está bien, Natalia. Por otra parte, he comparado, ¿sabes?

Ella se estremeció.

—Quisiera creerle, pero no puedo, Kerry.

Y se alejó hacia la escalerilla de estribor, dejándole poco más o menos que con la palabra en la boca.

* * *

Es odioso.

Estábamos todas en cubierta, contemplando el agua, pensando, como yo, en el islote… y Dugan…, Dugan no quiere que desembarque allí ninguna mujer. No lo desea… y es odioso.

Tengo que hacerlo, tengo que desnudarme, ponerme un bikini, y tratar de alcanzar la playa del islote. Recorrerlo cuando lo hagan los demás. Ocultarme de nuevo entre los árboles, entre la maleza, como una fiera, como lo que soy…, y debo verle… Quiero ver ese cadáver cuando lo descubran. Tengo que saber si ese sucio malayo mintió… y si no es así…

Orsu debe morir…, no quiero que hable más, que continué hablando, o cuando suceda, me buscaran. Tengo que borrar de sus mentes esta historia que late, que palpita en todos y en cada uno de los de a bordo.

Que también late y palpita dentro de mí.

No, no he podido dormir esta pasada noche…

La luna…, la luna…, que brillaba de nuevo sobre mi cabeza, quizá en el islote.

Quiero ver ese cadáver, lo deseo…, quiero evitar, si puedo, si esa goleta ya no está allí…, la muerte del hombre lobo…, de uno de mis congéneres. Tengo que hacerlo, debo de hacerlo…

¡Pero no sé cómo!

CAPÍTULO IV

Drake, tampoco se quedó en cubierta. Fue al salón de lectura, y se enfrascó en una novela policíaca, que dejó al poco rato. Su imaginación no estaba para aquello. Ni para Natalia. Sus ideas volaban con la misma rapidez que el *Colombo*, hacia aquel islote de nombre desconocido.

—¿Qué va a ocurrir ahora?

La repentina voz de Cora Perkins lo sacó de sus meditaciones.

Se volvió a mirarla. Era hermosa, como ya pensara en multitud de ocasiones. Pero tenía algo que no le gustaba, algo que no podía definir.

No lo sé —respondió, tras un breve silencio—. Esperemos a llegar.

Ella se acercó tanto, que Drake, sufrió un estremecimiento, y la vio sonreír.

—Tiene miedo de mí, plumífero —y se echó a reír, al ver la expresión de Drake—. Pues no debe de ser así, Kerry. Cierto que…, que… bueno, mi marido nunca llenó mis aspiraciones.

Drake la miró de pies a cabeza.

—¿Por qué se casó, entonces con él? —preguntó fríamente—. ¿Por qué no se divorció antes de embarcar?

Cora volvió a reír, pero su risa no engañó a Drake.

—Lo haré, más pronto o más tarde, periodista —afirmó. Hizo una ligera pausa y preguntó—. No le soy simpática, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero yo lo sé, y, a pesar de que el hecho existe, vine para hablar con usted.

—¿Y bien?

Cora le miró a los ojos, acercándose más.

—Me refiero a todo esto. Si es verdad toda esta leyenda del… del… ¿Qué es lo que va a ocurrir ahora?

Eran los mismos temores que expresara Sharon, los mismos de Natalia, pero dichos de otro modo.

—Ésas son leyendas entupidas, paparruchas, *mistress* Perkins —repuso Drake, callando una vez más la sensación que experimentara la noche pasada en cubierta—. Nada va a ocurrir.

—¡Oh, Kerry! ¡Ojalá le hubiera conocido en otra época!

Antes de que se diera cuenta, notó los labios de ella sobre los suyos, y su instinto, su mente y su razón le dijeron que debía apartarla de sus brazos de un manotazo, pero no pudo, y correspondió a la caricia, abarcándola por la cintura.

Una discreta tosecilla, les separó con violencia.

—Perdonen…, pero no sabía que estaban tan ocupados —dijo, mientras Drake se volvía para mirarla, maldiciendo entre dientes—. El capitán Taylor me envía en su busca, míster Kerry. Estamos dando vista al islote.

Dio media vuelta, pasó por su lado y alcanzó la cubierta. Cuando llegó, uno de los botes ya le estaba esperando.

Tal como había dicho Orsu, el islote estaba cubierto de espesa vegetación, de árboles, alguno de los cuales debía de ser centenario. Tanto es así que Drake tuvo la impresión de que de nuevo se encontraba en Birmania en la pasada guerra mundial, luchando contra los japoneses.

Al fin, pusieron el pie en la arena, y Taylor ordenó a los remeros que no se movieran de allí hasta que llegaran, mientras Dugan encaraba al malayo:

—Vamos, llévanos donde está ese hombre enterrado. Sabrás hacerlo ¿no?

—Sí, *Tuan*.

Se internaron a continuación entre la espesa vegetación, abriéndose paso como buenamente podían hasta que, media hora más tarde, Orsu se detuvo en un pequeño claro.

Como siempre se dirigió a Taylor:

—Aquí es, *Tuan* —dijo.

Y sus dientes entrechocaban, temblando como la hoja barrida por un huracán, su voz ronca, apenas audible, como un susurro, como si una garra de hierro estrujara su garganta.

Dugan examinó el árbol, la espesa vegetación que lo circundaba, y, finalmente, enfrentó al malayo.

Huellas de patas, de bestia…, rastros de fiera…, destrozos en torno a la vegetación y el árbol, pero nadie parecía reparar en aquello; nadie, a no ser el propio Kerry.

—¿Estás seguro de que es aquí?

Orsu experimentó una sacudida, y sus aterrorizados ojos les miraron a todos, dando la impresión de ser una fiera acorralada.

—Sí, *Tuan*.

Kerry Drake no se movió. Examinaba atentamente a los componentes del grupo.

En aquel momento, Dugan se acercó al malayo, y le prendió por el *sarong*.

—Vamos, rata, desentiérralo.

Orsu le miró con los ojos casi fuera de sus orbitas, a causa del pánico que experimentaba.

—¿Yo, *Tuan*? —preguntó con un hilo de voz.

—¡Si, tú! ¡Maldito sea tu sucio pellejo, hijo de perra!

El malayo se puso de rodillas y empezó a escarbar con las manos en la arena. Drake nunca supo cuánto duró aquella angustiosa escena. Sus pensamientos, si es que verdaderamente estaba pensando en algo, los interrumpió la voz de Dugan:

—¡Basta! ¡Basta ya!

Se acercaron todos para mirar, pero Drake lo hizo el último.

Destrozado, irreconocible…, con una dentellada en la yugular que prácticamente se la había hecho desaparecer. Las ropas del pecho estaban hecho jirones, mostrando el torso desnudo, sangriento, desgarrado…, como si hubiera sido presa por las garras de una fiera, de una pantera, de un tigre…, o de…, o de un hombre lobo.

—Tápalo, Orsu.

La voz de Dugan era ronca, irreconocible también, y su rostro, ahora cadavérico, transpiraba.

Drake continúo sin moverse, observando nada más, pensando.

Al terminar con la macabra tarea, Dugan formuló una nueva pregunta, y Drake se dio cuenta que su voz seguía siendo ronca:

—¿Dónde está la goleta?

—Orsu no lo sabe, *Tuan* —repuso el malayo—. Pudo haberse ido, o estar fondeada en cualquier lugar del islote. Yo, Orsu, digo la verdad, *Tuan*.

Dugan enfrentó a Taylor.

Dentro de muy poco, muy poco, el horizonte se cubriría de sombras.

—¿Qué sugiere que hagamos, capitán?

—Registrar el islote —repuso Taylor, sin una sola vacilación. Y su voz también era ronca, oscura—. No nos llevará mucho tiempo.

Dugan dio su asentimiento, y el grupo se disgregó por la playa y entre los árboles y la vegetación, pero Drake no fue con ellos. Silenciosamente, pensativo, regresó al bote.

Cansado, aburrido y extrañamente excitado por los acontecimientos, se hizo conducir al yate. Una vez allí, se encerró en su camarote, pensando ahora en las tres mujeres que lo habían besado. En las tres que le buscaban. ¿Por qué?

Una de ellas, simple secretaria particular de Dugan; otra, una mujer casada, hastiada de su marido, según su propia confesión.

La otra, Sharon, que ponía alma y fuego en cada uno de sus besos, en cada una de sus caricias; una mujer, al fin, que volvería a pertenecerle tan pronto como pronunciara una palabra al respecto.

Continúo pensando; la noche empezaba a caer sobre el islote, sobre el mar, sobre el barco. La luna no tardaría en surgir el horizonte.

La luna…, una noche más y…

Se estremeció sin poderlo evitar.

Todos los pasajeros se encontraban ya a bordo. Todos menos el malayo Orsu.

* * *

Yo, la loba, le he matado.

No de una dentellada, no he destrozado su yugular, como era…, como tiene que ser mi deseo…, pero lo he hecho. Él trataba de descubrir a mi congénere, pero no ha podido.

Orsu, a pesar de la verdad que encierran sus palabras, no ha podido hacerlo.

La goleta ya no está en el islote; ha zarpado, llevándose al hombre lobo que mató a esos tres. He escarbado en la arena, y he puesto al descubierto su cadáver, cuando los del barco se han ido a

registrar los alrededores, buscando la goleta y, aunque nadie lo ha dicho, al hombre lobo que causó todo eso.

Imbéciles. ¿Cómo encontrarlo, si no hay luna llena?

¿Con figura de hombre, con figura humana? Por supuesto que sí, pero ¿cómo probar que lo hizo él? ¿Cómo probarme a mí que he abandonado el barco y he matado con un cuchillo? Orsu no dirá nunca más nada a nadie, y mi actuación de hoy ha sido una estupidez, justo es reconocerlo.

He pensado precisamente; he querido descartar la posibilidad de…, un hombre lobo…, de que la leyenda negra que nos consume a todos se extinga por lo menos a mi alrededor, sin pensar, pobre de mí, que mañana noche ocurrirá.

Ahora… voy a subir a cubierta, voy a acecharles…, y estoy segura de lo que voy a oír.

Orsu ha muerto…, y ellos se agarraran a esto como a un clavo ardiendo, tratando de culparse los unos a los otros de asesinato.

Sí, he obrado precipitadamente, al tratar de…, de eso que he dicho antes.

Drake, Kerry Drake… ¿Le amo acaso?

No lo sé, pero es uno de los primeros que tiene que morir. Le tengo miedo… con su inteligencia superdotada, de periodista encumbrado a causa de sus reportajes en sucesos sensacionalistas.

Sí… tiene que morir… y creo… que le amo a pesar de la fiera horrible que llevo en mis entrañas…

La claridad de la luna entra por el «ojo de buey» de mi camarote… y me hace daño en los ojos.

Estoy a punto de rugir…, de aullar.

* * *

Se quedó dormido.

Una boca ardiente sobre la suya le despertó, y, de modo inconsciente, la enlazo por la cintura y empezó a corresponder, sabiendo ya de que no se trataba de Natalia ni de Cora.

Luego, Sharon susurro bajito:

—No, Kerry, ahora, no. Por favor…, ha ocurrido algo horrible.

Y se separó de él, casi con violencia.

Drake, se sentó en la litera, mientras ella corregía el desarreglo de su vestido. Luego se enderezó las costuras de sus medias y le miró. A su vez, Drake la miraba, observando su rostro aterrorizado.

—¿Qué ocurre ahora, Sharon? —preguntó.

Ella se dejó caer la falda y respondió:

—No lo sé. Pero debe ser algo horrible. Todos están en el salón, esperándote. Creo que es algo relacionado con ese malayo…, con Orsu. ¿Vienes?

Drake se puso en pie, se vistió en un santiamén, y fue hacia la puerta, pero Sharon le prendió por el cuello, antes de que lograra salir.

—Tengo miedo, Kerry —dijo, con voz temblorosa—. Tengo mucho miedo.

Drake, forzó una sonrisa.

—¿De qué? —preguntó—. ¿De la historia del malayo?

—No, no es eso, a pesar de que estoy enterada de que era verdad. Mi miedo es muy otro —se aplastó contra él, besándole en los labios.

Le soltó y salió precipitadamente. Kerry la siguió hasta el salón.

Entró.

Ninguna mujer, a excepción de Sharon, que había entrado con él, se encontraba allí. ¿Por qué?

Sus pensamientos, un vez más, los cortó Dugan, encarando a su hija.

—Vete a tu camarote, Sharon —dijo.

Ella le miro con un gesto de desafío, que hizo volver los colores a su cadavérico rostro.

—¿Por qué?

—Por el mismo motivo que *miss* Chambers y *mistress* Perkins. Anda, ¡ya te estás largando!

Sharon no respondió, dio media vuelta y abandonó el salón. La tensión reinante pareció aumentar con su marcha.

Kerry Drake, entretanto, se acercó a la mesa y tomó asiento en uno de los sillones. Apenas hacerlo, Dugan se encaró con él, preguntando ya:

—¿Dónde ha estado hasta ahora, míster Drake?

Con el ceño fruncido, les miro alternativamente.

—En mi camarote —respondió—. ¿Por qué?

Dugan se puso en pie, y avanzó hacia el sillón donde se sentaba, y se detuvo muy cerca, mirándole a los ojos.

Drake, no se movió, permaneció sentado, fumando, inalterable a todo, en vista de lo cual, el propietario del yate inquirió:

—¿Pretende hacerme creer que no sabe porque estamos reunidos aquí?

Tampoco respondió; se limitó a mover la cabeza en sentido negativo, y a esperar.

—¡Cuernos, Drake! —estalló el millonario—. ¿Quiere hacerme creer que no sabe nada de lo ocurrido en el islote?

Drake se permitió ahora una burlona sonrisa.

—Sé que ha aparecido el cadáver de un hombre, casi devorado por una fiera o…, si lo prefiere, por un hombre lobo…, según las leyendas. Por lo demás, ¿qué es lo que puede haber ocurrido?

Dugan maldijo entre dientes.

—Escuche, Drake. ¡Basta de farsa! Orsu, ese malayo ha sido asesinado, y no hace mucho. Cuando nos separamos para registrar el islote, ¿comprende?

Drake se sobresaltó, y luego clavó los fríos ojos en el padre de la mujer que era su amante.

—¿Me está acusando a mí de haberlo hecho? —preguntó secamente.

—Aún no lo sé. Sólo puedo decirle que nosotros nos reunimos en el lugar acordado, después de registrar el islote, y usted no estaba allí. Y por lo tanto, nosotros le preguntamos por qué.

Les miró uno a uno, y luego rió, y su risa, fría, sin matices, cargada también de ironía, les sobresaltó.

—¿Quiere decir que registraron el islote por parejas, míster Dugan? —indagó.

El rostro del millonario se congestionó, momento que aprovechó, Perkins para responder, luego de una corta y nerviosa risita:

—Ninguno tenemos coartada, míster Kerry. Todos pudimos hacerlo —le miró alternativamente y añadió—. Todos; tanto yo, como usted, como el propio míster Dugan.

Drake, tardó unos segundos en contestar, mientras que el rostro del dueño del yate se volvía terroso.

—Esto simplifica las cosas —dijo—. Sugiero al capitán Taylor

que ordene el regreso del *Colombo* a Singapur para entregarnos a las autoridades. Yo no maté a ese malayo.

McAllyson le interrumpió con una pregunta:

—¿Quiere decirnos por qué se le ocurre tan brillante idea, míster Drake?

—No es fácil de explicar. Según Orsu, el cadáver en descomposición de la playa, destrozado, mutilado, cubierto de sangre, horrible, fue obra de un hombre lobo…, cosa que jamás creeré…, y la prueba está en su mismo asesinato. Puede que fuera ese malayo el que asesinara y luego, después de la historia que nos contó, le explicara a alguien de a bordo otra bien distinta, tal vez con algún secreto… y ese alguien, deseando que no confiara a otra persona lo que le confió a él, le asesinó para que callara. Por eso quiero que el barco regrese a Singapur.

Dugan maldijo varias veces, antes de empezar a gritar:

—¡No! ¡Nada de eso! Yo tengo que estar cuanto antes en Laolu. Es de vital importancia para mí.

Drake no respondió, se limitó a mirar a los demás.

Fue Heath quien lo hizo.

—Mi voto está a favor de quedarse, míster Drake. De no ir a Singapur, ni a parte alguna, hasta que todo esto se aclare. Tal y como están las cosas, es preferible, por el momento, no dar parte a la policía.

La discusión comenzó en aquel momento, hasta que se sometió a votación, luego de haberse agriado lo suficiente para obligarles a tomar aquella medida.

Quince minutos más tarde, Drake se sorprendió. Sólo dos votos pedían regresar a Singapur, y el resto, permanecer allí.

Junto a un islote que era un simple puntito negro, perdido en las cartas de navegación, perdido en la inmensidad del archipiélago malayo.

Se puso en pie, aceptando calladamente su derrota, e inició la media vuelta, movimiento que cortaron las palabras de Dugan.

—De acuerdo —dijo—, nos quedaremos. Pero ahora, permitidme. Voy a la cabina del radiotelegrafista. Deseo poner un telegrama a Laolu.

Levantándose impetuosamente, Perkins le enfrentó.

—Nada de eso, míster Dugan —dijo—. Hemos dicho de jugar

limpio, y, por tanto, usted no va a enviar radiograma alguno.

—En Laolu están esperando al yate, hace días —respondió—. El yate es mío, y ustedes, mis invitados. Por tanto, aunque tenga que mostrarme desagradable, les diré que voy a comunicarme con tierra.

Perkins dio un par de pasos hacia él.

—Está bien, —dijo, deteniéndose frente al coloso—. Puede hacerlo, pero sin salir de aquí. Y nada de radiogramas cifrados. Puede redactarlo en uno de estos papeles, y ordene que lo envíen. Pero sin moverse de aquí.

Dugan, con el rostro lleno de furia, miró a los reunidos, y con una seca maldición, se acercó a la mesa, se sentó, y lo redactó.

Aquella noche, ninguno de los presentes pudo pegar un ojo.

Al día siguiente, Drake no pudo ver en todo el día a las mujeres. El *Colombo*, con sus máquinas silenciosas, parecía una sombra siniestra en medio del mar. El silencio de las máquinas se propagaba a toda la nave, haciendo el ambiente que se respiraba más denso, más mortal, si cabe.

Algo flotaba en el ambiente, aún con más fuerza que con anterioridad. Algo que empezaba a desquiciar los nervios de Kerry Drake.

CAPÍTULO V

Están en el salón, silenciosos como tumbas; como lo estará la que dentro de poco se habrá abierto para uno de ellos.

Todos, excepto nosotras, las mujeres; recelando los unos de los otros; pensando aun en el cadáver acuchillado de Orsu. Acusándose mutuamente en silencio, sin mirarse, con el pensamiento.

¿Qué van a decir después?

Encojo los hombros y me miro las manos.

Nada aún…

¿Cuánto falta para la salida de la luna?

Poco, muy poco…

Luna llena…

Están todos en el salón, silenciosos como fantasmas. Lo presienten, lo han presentido durante todo el día, pero ninguno de ellos lo confiesa a los demás; ninguno de ellos habla.

Miro hacia el mar.

Hay claridad lechosa.

El pecho me arde… empieza a arder.

Me acerco al espejo.

Nada aún… Sí. ¡Ahora!

Mis pupilas se empequeñecen, se rasgan mis ojos que brillan… me duelen las manos, los dedos…

¡Me los miro!

Mis dedos se alargan… se crispan… mis uñas se endurecen, se alargan… siento que la carne me arde, que la piel se me desgarra, atravesada por los pelos duros y largos como cerdas… y que mi rostro se convierte en algo horrible.

Los dientes, colmillos de fiera babeante, mientras que mis labios se alargan hacia los extremos de la boca, volviéndose negros, más negros…

Brazos peludos, zarpas…

¡Es la llamada!

Miro a mi alrededor, lanzo un aullido… en tanto que a mi olfato llega el olor de la carne fresca… de cualquier aterrorizado pasajero de a bordo, doy un salto, aullando… babeando espuma por mis fauces sedientas, y cruzo la puerta hacia el exterior…

En el cielo, coronado de estrellas, la luna llena baña el mar y el islote, con su claridad de plata.

Plata, la única materia posible.

* * *

Kerry Drake se llevó el cigarrillo a los labios.

Pensaba en Sharon y Natalia. También, pero de tarde en tarde, lo hacía en Cora Perkins.

Y como siempre, desde hacía horas, quizá desde el asesinato de Orsu, ninguna se había reunido con ellos. Frente a él, en la mesa, se encontraban todos, jugando y bebiendo, exactamente igual que en todo momento.

Fuera, en la inmensidad del mar, la luna llena asomaba por el horizonte, pero Drake ni siquiera pensaba en aquello.

Trataba, desde hacía horas, de relacionar el asesinato del malayo con el destrozado y ya putrefacto cadáver encontrado en la playa. Su explicación de entonces podía ser la cierta, la correcta, pero ¿qué fue lo que comunicó el malayo, que ocasionó su muerte, y a quién?

El aullido, vibró en toda la nave, haciendo estremecer los mamparos… Un aullido, largo, espeluznante, como el de una loba en celo, como el de un lobo sobre un picacho rocoso, aullando, a la luna llena…

Drake se puso en pie de un salto, con el rostro desencajado y la mano, en el interior de la funda sobaquera, pero, cuando lo hizo, los otros ya estaban en pie, mirándose, cadavéricos, sombras de la que eran apenas hacia unos segundos…

Asustados, temerosos, mirándose entre sí, sin atreverse a pronunciar palabra, hasta que de pronto, Dugan lo rompió con voz opaca en su temblor:

—¿Qué… qué cuernos ha sido, eso? ¿Lo oyó usted, míster Drake?

Hizo, un gesto, recomendando silencio:

—Espere… Estoy tratando de…

Ninguna de los presentes oyó el final de su frase porque el aullido, se repitió, largo, escalofriante y lastimero al mismo tiempo… Hubo un lapsus de silencio en transcurso del cual ninguno se atrevió a moverse… y el deslizar de unas patas en rápida carrera, que cruzan por delante de la cerrada puerta del salón, un resoplido de fiera en carrera hacia un destino incierto, pero horrible, y una vez más, el silencio.

El rostro demudado de Perkins se volvió ceniza.

—¿Lo oyó… Drake…? ¿Qué diablos fue eso…? Parece… ¡Es un lobo! ¡El hombre lobo de Orsu!

Se lanzó hacia la puerta, y la cerró, luego se volvió, tomó uno de los pesados sillones, y lo apoyó, contra aquélla, movido por el intenso pánico que le poseía.

—¡Es verdad! ¡Es cierto! Y subió a bordo, mientras que nosotros, en el islote…

Drake se movió ahora.

—Vamos, aparte eso de ahí —dijo aparentando una frialdad, una calma, que su pálido rostro desmentía—. Voy a…

Una vez más en contados minutos, su voz se vio barrida literalmente por un grito atroz, inhumano, que sacudió al *Colombo* de popa a proa y de estribor a babor…

—¡Nooooo…! ¡Aagggg…!

Un grito que se quebró de un modo repentino, barrido a su vez por el aullido del lobo, de la fiera carnicera que vagaba aquella noche por el interior del yate.

Luego, el silencio.

En el interior del salón, ninguno se movía. Petrificados, convertidos en piedra, no acertaban ni a mirarse.

Junto a la puerta, recostado contra la pared del camarote que servía de salón, Perkins abría y cerraba la boca, enclavijando los dientes a cada movimiento. Dugan, desplomado en uno de los sillones, con los ojos desorbitados, miraba la puerta, pero no la veía.

Drake fue el primero en reaccionar. Saltó hacia el sillón, lo quitó de en medio, abrió la puerta, y, al hacerlo, las zarpas en que se habían convertido las manos de Perkins le inmovilizaron por unos segundos, tratando de impedirle la salida.

Drake no habló, disparó el puño de abajo arriba, y el bestial puñetazo le alcanzó en el centro del mentón.

Salió fuera, llevando ya el revólver 22 en la mano.

El silencio, después del grito y el aullido del lobo, en torno suyo, en todo el yate, era sencillamente espeluznante.

Nada se movía, nada, tampoco, como se ha dicho, oía.

Trató de orientarse, sabiendo que era difícil. Otra cosa hubiera sido, de encontrarse en cubierta, pero no desde allí.

La voz de Dugan, viniendo de su espalda, le sobresaltó.

—Vamos a ir juntos, a ver qué es lo que ha pasado —dijo, con temblorosa voz—. Yo…

Drake se volvió.

Estaban todos.

No respondió, y sin responder, empezó a andar… sabiendo que ahora sólo quedaba una cosa por hacer, registrar el barco.

Primero averiguar si le había ocurrido algo a las mujeres. A Natalia, en particular, pero no llegó.

Ninguno de ellos llegó, porque antes, vieron la puerta abierta que daba acceso al camarote del radiotelegrafista y sus aparatos transmisores.

Siempre por delante de todos, comiéndose su miedo, porque al fin él también era humano, Drake fue el primero en cruzar el umbral, para en el acto detenerse en seco, con los ojos fijos en lo que había en el suelo, lo que quedaba del que antes fuera un hombre.

McKenna, el telegrafista, se encontraba allí, completamente degollado, irreconocible, bañado en un mar de sangre, con la guerrera destrozada y lacerado el pecho por las zarpas de la fiera. Faltando trozos, tiras de carne de una de sus piernas, de su muslo derecho, cuyo pantalón había sido destrozado, junto con el aparato transmisor y receptor de radio.

El silencio era espeso, pero Drake ni siquiera lo advertía.

Pensaba en lo horripilante que resultaba el cuadro que tenía ante los ojos, en las fauces de la fiera, de la bestia humana que había hecho aquello.

¿Cómo se encontraba a bordo? ¿Qué maligno poder la empujaba? ¿Era, acaso, uno de ellos? ¿Tal vez uno de los marineros malayos?

Miles de extrañas leyendas que leyera de niño, increíbles, según él, hasta el momento presente, pasaron por el interior de su mente, mientras que el frío le corría la médula una y otra vez, convirtiéndole casi en un guiñapo, incapaz de razonar con acierto, de moverse incluso, aunque sólo fuera por el momento.

La fiera, la aullante fiera que había oído, que oyeron todos, había que buscarla. Estaba allí, en el *Colombo*, sedienta de carne, de sangre, sedienta de cadáveres… y sobre él, sobre su cabeza, sobre el buque, la plateada luz del astro de la noche en su plenitud.

Un estremecimiento brutal le sacudió de pies a cabeza, y Dugan, sin proponérselo, vino en su ayuda, al cortar sus pensamientos con sus palabras:

—Otro más —musitó lentamente, con voz oscura.

Luego, con el rostro blanco como un sudario, volvió a mirarles.

—Van dos —dijo—. ¿A quién le toca ahora?

No contestaron; se miraban con manifiesta hostilidad, con desconfianza…

Drake pensaba de nuevo, haciendo eco en sus pensamientos a las palabras del dueño del yate. ¿Quién sería el siguiente? ¿Quién… quién lo hizo?

Cualquiera de ellos… si no hubieran estado presentes, con él, en el salón.

* * *

Mi camarote.

Aúllo, resoplo despacio, no deseo que me oigan, que sepan que soy yo, que he vuelto a mi cubil.

Ahíta de sangre, harta de carne… Mañana me sentaré en la mesa con ellos, y tendré que disimular. Nadie deberá saber que ya no tengo hambre, que ya no puedo comer… hasta dentro de unas horas… hasta la noche, con otro más, con el cadáver del telegrafista, si no lo han enterrado ya.

No miro al espejo. Me da miedo, horror… No, ahora no… aún no… Unos minutos, mientras que la luna se aleja.

Les oigo correr de un lado para otro.

Kerry Drake irá con ellos… y pronto le descubrirán. Empezarán

a buscar, y tal vez… tal vez quieran verme… para cerciorarse de que no me pasa nada… para… incluso para hablar conmigo. Sí… tal vez se presenten en el camarote, y me da miedo, siento escalofríos, no quiero que me vean así… No quiero que traten de eliminarme como a una fiera carnicera… como, como lo que en realidad soy.

Hago un esfuerzo, y dejo de mirar la luna que se aleja, a través del «ojo de buey», y me vuelvo en redondo… hacia el espejo.

Mi rostro ya no es tan espantoso…; mi cabeza va recobrando rápidamente su normalidad, y mi pelo de mujer joven y hermosa vuelve a ser el mismo… Los pelos de las manos, de los muslos, desaparecen, y las patas… las garras de fiera…

Mis ojos son los mismos… pero estoy bañada en sangre.

Tengo que desnudarme, que cambiarme de ropa y arrojarla por el evacuatorio.

El mar no deja rastro.

Pero no, no puedo hacerlo; las aguas arrastrarían mis prendas al islote, y eso… lo descubriría todo.

Tengo miedo… tengo que ocultar la ropa. Aunque sea en el camarote, y esperar un momento más propicio para… para hacerlas desaparecer.

Empiezo a desvestirme.

Pasos…

Escucho. No me equivoco, son pasos… que vienen buscarme. Acorralada, asustada, temblando, miro la cerrada puerta del camarote. Deseo huir, salir corriendo esconderme en cualquier punto del *Colombo*, pero no puedo, los pasos están cerca, muy cerca, cada vez cerca.

Se detienen, van a llamar.

Llaman…

Una garra, atenaza mi garganta, impidiéndome contestar. Llaman otra vez, un par de veces más.

Hago un esfuerzo, y respondo:

—¿Sí…? ¿Qué ocurre?

—¿Se encuentra bien?

—Sí, claro…

Sonrío, porque mi voz es firme.

—La esperan en el salón. Venga pronto. Ha ocurrido algo

espantoso.

—Estoy desnuda.

—Vístase, míster Dugan la está esperando… a usted y a las demás.

Es uno de los marineros del *Colombo*. No reconozco su voz, pero es así…

—Iré en seguida —replico.

Se va, sus pasos se alejan, se pierden en la distancia.

Suspiro, me siento satisfecha, ahíta, como ya dije antes, pero esta noche lloraré amargamente en la soledad de mi camarote. Por lo que ocurrió… y por lo que sucederá.

Empiezo a vestirme, mientras pienso dónde guardar mis otras prendas manchadas de sangre.

CAPÍTULO VI

Aquella vez, la inopinada voz de Dugan no logró sobresaltarle.

—¡Fuera! —casi gritó—. ¡Fuera todos de aquí! Y usted capitán, hágase cargo de eso, y que lo entierren en el islote lo más rápidamente posible. Mande a Dick Murphy.

—No creo que eso le guste, míster Dugan.

—¡Me importa un cuerno! ¡Haga lo que le digo! Con hombres lobos o sin ellos, aún continúo siendo el dueño del *Colombo*.

—Lo sé. Pero también sé que esto, entre los malayos, nos va a traer complicaciones.

—¿Quiere decir que no se fía de su segundo, capitán?

—Sólo un poco, míster, Dugan.

—Bien, pues por ese poco, dígale que cierre el pico a todo cuanto vea y oiga. Si no lo hace, y hay complicaciones, en Laolu me las entenderé con él. Nosotros estaremos en el salón. ¡Ah!, despierte a las mujeres también, si están durmiendo, y que vengan. Deseo interrogarlas. Tal vez alguna de ellas haya visto a esa… esa… que… que…

Se calló, incapaz de continuar expresando en palabras su pensamiento.

No esperaron mucho más. Dugan abrió la marcha y luego, cuando salieron todos, cerró con llave la puerta del camarote.

Media hora más tarde, las mujeres estaban con ellos en el salón, pero Drake pudo darse perfecta cuenta que Dugan no sacó nada en claro de ellas. Simplemente y todas coincidían en lo mismo, que oyeron los aullidos y, presas de pánico, se encerraron en sus camarotes y ya no salieron de allí, hasta que uno de los marineros las llamó.

Pasaron los minutos. Era tarde, muy tarde. Fueron saliendo, mientras Drake observaba a Sharon.

Estaba nerviosa.

El brillo había desaparecido de sus hermosos ojos, su expresión era totalmente ausente, pero aun así, tuvo la impresión de que se encontraba al borde de sufrir un ataque de histeria.

Poco después abandonó el salón, silenciosa como fantasma, sin mirarle, sin pronunciar una sola palabra.

Ahogó un suspiro.

Se había quedado solo. Por fin podría pensar, hacerlo en todo aquello, hasta que una repentina y tenue respiración a su espalda le hizo volverse precipitadamente.

Unas firmes caderas y unas magníficas piernas. Eso fue lo primero que vio, eso era en lo primero en que se fijaba, cada vez que se encontraba frente a ella.

Una escotada blusa, el nacimiento de los pechos redondos y firmes, y los cortísimos *shorts*, retrepada contra el respaldo del sillón en que se sentaba, cabalgando una de las desnudas piernas sobre la otra, pálida, muy pálida, pero serena…

Fascinado una vez más por su belleza, por el encanto que emanaba de ella, Drake se acercó lentamente, y Natalia se puso en pie cuando llegó a su altura.

—¿Hasta cuándo durará este horror, Kerry? —preguntó, en un susurro.

Drake, sin responder, la tomó con dos dedos por la barbilla, y se inclinó, besándola en los labios. Notó cómo se estremecía entre sus brazos. Luego se separó de él mirándole fría, lejana, inalcanzable. ¿En qué estaría pensando? ¿En la bestia inmunda y humana que…?

—No debiste hacer eso, Kerry —le tuteó inesperadamente—. Con una experiencia ya tuve bastante —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Qué hay entre tú y Sharon Dugan?

Drake vaciló, pensando en muchas cosas al mismo tiempo, hasta que respondió:

—Nada. Entre ella y yo no hay nada.

—No mientas, Kerry. Ninguna mujer pasa la noche un hombre sin que… —calló unos segundos y luego disparó la pregunta, hecha con un tenue susurro, tan bajo, que Drake apenas si la oyó—: Es tu amante, ¿verdad?

Drake intentó negar, pero no pudo.

Salieron ambos hacia cubierta. La mar estaba tranquila, en calma y la luna estaba cerca del horizonte.

La cubierta, el puente, y en fin, toda la nave, parecía dormir, pero no era así. Natalia lo presentía, con los ojos dilatados, llenos de terror, miraba a su alrededor, y olvidada ya de su resquemor, se pegó materialmente a él, levantando el rostro para mirarle.

—No duerme nadie a bordo, Kerry —susurró, sacudida por un escalofrío de terror—. Estoy… estoy aterrorizada.

—Llevo un arma.

—Nada puede contra esa fiera, Kerry. Nada, con ninguno de esos proyectiles. Es… así… Es la leyenda. Nada se puede.

—¿No?

Natalia se le abrazó, pasando su brazo por su cintura.

—No —dijo bajito, temblando, mientras su palidez se acentuaba —. Nada, con un arma corriente, Kerry, y tú también lo sabes. Es… con una bala de plata —le miró a los ojos, con los suyos asustados, temblorosos, preguntó—: ¿La tienes tú, acaso? ¿Hay algún arma en el *Colombo*, que dispare balas de plata? No, ¿verdad?

Drake dudó unos segundos, antes de dar la respuesta.

—¿De verdad crees en esas leyendas…? ¿De verdad, Natalia?

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Kerry! —exclamó—. ¡Yo oí la fiera! Yo noté sus patas deslizándose por estos pasillos… pasando frente a la puerta de mi camarote… Su olfato, buscando su presa… sus aullidos… Yo… ¡Yo les oía… y… y tú también, Kerry! ¡Tú también! No… no fue una ilusión de mis sentidos… Todos, todos la oímos… Mira este silencio… y todos están despiertos. Desde el capitán Taylor hasta el último marinero… Todos… Ninguno duerme, yo… yo estoy a punto de sufrir un ataque. ¡Ayúdame, Kerry!

—Creo… creo que estás exagerando un poco —dijo tratando de calmarla, cuando la realidad era que también él estaba asustado, que de vez en cuando con disimulo, miraba a su alrededor, intentando descubrir cualquier oscuro rincón, lo inexistente en aquel momento.

—Gracias por la mentira —dijo, con una leve sonrisa—. Pero ten cuidado, también, con esas gentes. En el yate ocurren cosas que acrecientan su superstición, que para ellos representan una gran verdad… más verdad que para nosotros mismos, ¿comprendes? Ellos, esos malayos, dirigidos por una mano oculta en la sombra, nos pueden dar un disgusto… tan mortal como el de esa fiera

humana. Ese hombre lobo, Kerry. ¿Quién, quién, puede ser…?

Drake dudó unos segundos, la apartó un poco de su cuerpo, la prendió del brazo y tiró de ella.

—Está bien, muchacha: —cedió un tanto—. Haré lo que pueda. Ven conmigo, hablaremos con Grant. Puede que ya lo sepa, pero es conveniente advertirle.

Unos minutos más tarde, alcanzaron el camarote donde entraron sin llamar, y Taylor, desde el lugar que ocupaba en el sillón, les indicó que se sentaran, mirándoles con una muda pregunta en los ojos.

Drake se encargó de contestarla.

—¿Sabes lo que ocurre en cubierta, Grant? —preguntó—. Ninguno de los *lascars* duerme.

—Lo sé… y no me extraña… —se estremeció, a su vez clavando los ojos en la cerrada puerta del camarote—. Y es para no hacerlo… con esa fiera a bordo. ¿Quién, Kerry? ¿El hombre lobo que mencionó Orsu, y que subió al barco cuando nos encontrábamos en el… o alguno de nosotros? ¿Quién… quién…?

—Esos *lascars*, Grant —prosiguió Drake—, pueden organizar una revuelta y culparnos a nosotros de ser… de ser los causantes, o los hombres lobos. No es extraño, dado su… su… ¿No vas a tratar de impedirlo?

—Trataré de encontrar algo…, pero dudo que lo consiga. Por lo pronto, cuando Murphy regrese del islote, hablaré con él. Ya lo he hecho con Sedir. El contramaestre es hombre de absoluta confianza. Si él no consigue aquietar a los malayos, no lo conseguirá nadie.

Callaron ahora, como si no supieran qué decirse, lo que era una realidad, hasta que, de un modo repentino, Drake se puso en pie, movimiento que imitó la muchacha.

—Me voy a dormir, Grant —dijo—, si puedo, a pesar de que estoy casi seguro de que esta noche no ocurrirá nada más a bordo…

Pensaba en la luna, que había desaparecido en horizonte, pero no lo dijo.

De soslayo, vio cómo Natalia se estremecía, mientras oía la respuesta de Taylor.

—Ni yo tampoco, Kerry. Que descanses, si puedes.

No hubo más; siempre llevándola del brazo, Drake sacó a Natalia del camarote, y ya fuera de él, la enfrentó.

—¿Te acompaño?

Ella se estremeció de nuevo, estaba asustada y, según los pensamientos de Drake, tenía motivos sobra para ello.

—Sí —susurró—. Gracias.

Se detuvieron frente a la puerta del camarote, Natalia abrió la puerta y luego se volvió a mirarle, enfrentándose con aquellos otros ojos que a su vez la observaban detenidamente, hasta que exclamó:

—¡Oh, Kerry!

Y fue hacia él como un vendaval, pegándose contra su pecho, besándole con dolorosa desesperación.

Después, entre los dos, ya no existió nada en cubierta, ni en el islote, ni en… ninguna parte.

Sólo ellos.

Una hora más tarde, Natalia abrió de nuevo la puerta de su camarote, pero fue para hacerle salir.

Dio media vuelta, y le llamó.

—Espera.

Se volvió a mirarla.

Había extrañas luces en sus ojos, en lo profundo de sus pupilas. Había tierra en su color, ceniza en sus mejillas, pero no temblaba. Sentía angustia, de nuevo el temor hacía presa en ella, comunicándoselo a él. Y aquella sensación no gustaba a Drake.

—¿Sí…?

—¿Tienes un arma?

Drake arqueó una ceja, en señal de asombro.

—Sí, así es. ¿Por qué?

—¡Dámela! Yo… tengo miedo… y ahora… ahora me quedo muy sola. ¡Dámela, Kerry!

—Tú has dicho que esto no sirve…

—Lo sé, Kerry. Dámela, no obstante. Luego, mañana, dentro de unas horas… y quizá en la noche de mañana, antes de que salga la luna, te la devolveré.

—¿Qué diablos estás intentando…?

—¿Me la das. Kerry, amor?

Vacilando, Drake la sacó de la funda sobaquera, la tomó por el cañón y se la dio.

—Calibre 22, ¿verdad?

—Sí, así es.

Ella tuvo una sacudida, que la estremeció de pies a cabeza, y susurró:

—Creo… creo que será suficiente.

—Pero ¿qué diablos…?

—Mañana cuando nos veamos, Kerry.

Y le dio con la puerta en las narices, dejándole allí solo, desarmado, aunque sólo fuera por el momento.

Mascullando una imprecación entre dientes, por algo que no comprendía, que quizá no comprendiera jamás, Drake dio media vuelta y se alejó en dirección a su camarote.

Se tendió sobre la litera, completamente vestido, tratando de conciliar el sueño, pero no podía.

Todavía, y ahora completamente a solas, le parecía oír el aullido de la fiera humana, el deslizar de patas, rematadas en fuertes uñas, como garras… y creía ver, frente a sus ojos, sus babeantes fauces abiertas y el calor abrasador de su garganta, y los colmillos sedientos de sangre, de carne humana.

Maldijo un par de veces.

Estaba temblando, Y aquello no le gustaba. Jamás tuvo miedo a nada y a nadie, pero aquello escapaba a su comprensión de hombre inteligente, de hombre del siglo XX, y como ya pensara frente a Natalia, la sensación le desagradaba en extremo, pero se veía impotente para controlarla.

Nerviosamente, abandonó la litera, abrió una de maletas, y rebuscó en ella… Luego la otra… sin recordar en qué lugar la dejara al subir a bordo, hasta que la encontró. Una Magnum, calibre 45, automática, capaz de pulverizar cualquier clase de figura a corta distancia…

Una bala de plata… Él también lo había leído no sabía dónde; en cualquier olvidado cuento de su niñez.

Una bala de plata, ¡bah!

Consultó el reloj; las tres de la madrugada. Salió fuera.

El *Colombo* estaba sumido en el mismo mortal silencio de antes, y continuó del mismo modo cuando alcanzó la cubierta como una sombra, vigilante atento, sin saber si Taylor había puesto una guardia en previsión de cualquier eventualidad… o en previsión de un nuevo ataque de la fiera.

Avanzó hacia la estación de radiotelegrafía.

Drake entró, alumbrándose con una lamparilla eléctrica.

Todo continuaba igual, nadie había tocado nada. Algunas manchas de sangre quedaban aún a su alrededor, esparcidas por el suelo y en las paredes, recuerdo y mudo testigo de lo que en vida se llamó Alf McKenna.

Se estremeció, recorriendo con los ojos el camarote, sus ojos se clavaron nerviosamente en la puerta, mientras que, trasladaba la linterna a su mano izquierda para acariciar en el acto, con la derecha, la fría y negra culata de la Magnum que ahora llevaba en el bolsillo de la americana.

¿Qué buscaba allí? ¿A qué había ido?

No lo sabía.

Y aún dudando, Drake se encaminó hacia la puerta, con ánimo de salir. Fue entonces cuando oyó el tenue ruido, viniendo del pasillo que acababa de abandonar.

Sus nervios se tensaron, y notó al mismo tiempo lo que jamás sintiera; su cara estaba fría, helada, y comprendió que había palidecido como un muerto.

Trató de controlarse mediante un sobrehumano esfuerzo, y justo en aquel momento la puerta se abrió, dando paso a Heath, al que enfocó con la linterna.

Deslumbrado por la luz, alargó la mano, y Drake pudo ver, con claridad, que no llevaba arma alguna. ¿El… hombre… el hombre lobo… ahora con apariencia…?

Dejó de pensar cuando Heath terminó de alargar la mano hacia el interruptor de la luz y la encendió. Sólo entonces Drake apagó la linterna y le enfrentó, preguntando, antes de que el otro lograra decir nada.

—¿Qué diablos hace usted aquí, Heath?

La respuesta fue aún más descortés que la pregunta:

—¿Y a usted qué le importa, Kerry? Tengo el mismo derecho a estar aquí que cualquiera. No, no me mire así. No soy el asesino de Orsu… ni ese hombre lobo, si es que en realidad existe, al que todos hemos aullar, y al que nadie ha visto. No, no…

—Alguien sí le vio, Heath —cortó Drake un tanto secamente—. El radiotelegrafista. No lo olvide.

—No olvido nada, pero continúo diciendo lo que pienso. No fui yo, y, si quiere que le diga la verdad, tampoco creo que le matara

usted.

—Gracias por el voto de confianza —ironizó Drake. Hizo una ligera pausa, que el otro no interrumpió, y preguntó bruscamente—: ¿Qué ha venido a buscar aquí?

Casi en el acto vio frente a sus ojos la burlona y desesperante sonrisa de Heath.

—Eso mismo podría preguntarle a usted, y no lo hago, Kerry. Por tanto, pensándolo bien, dejándonos de morbosidades y de hombres… como quieran que se llamen, ¿por qué no nos vamos a dormir?

Drake le miró notando que su furia iba creciendo a momentos, y dio media vuelta, alcanzando la salida sin pronunciar una sola palabra.

Miró a ambos lados de la silenciosa y desierta cubierta y, por unos instantes, sus ojos descansaron, como otras veces, en el sillón que solía ocupar Natalia, y, de rechazo sin saber por qué, pensó en Cora Perkins a la que no había visto desde el día en que la besara.

Continuó andando, paso a paso, con la mano en la culata de la Magnum, sombríos pensamientos, hacia su camarote.

Silencio y sombras…

Silencio. No, no había silencio… algo se movía a su espalda, algo suave, de terciopelo, deslizándose por el pasillo, patas… pezuñas de fiera…

Kerry se volvió en redondo, con los ojos dilatados.

* * *

No he llorado… tal vez porque todo resulta visiblemente siniestro.

Se han culpado, como pensaba, nos han llamado a las tres… ¡imbéciles!

Ahora ya no piensan en Orsu… pero sí en un hombre… En uno de ellos como hombre lobo, sin saber que la mujer loba… la loba del *Colombo*, este maldito yate de lujo, soy la que lo ha matado, la que volverá saciar su apetito con otra víctima.

Quiero morir y no puedo…

Deseo descansar, que la horrible pesadilla termine, que me den

la muerte… pero nadie puede; ni yo misma.

Mi angustia crece y crece, me ahoga, empiezo a dar vueltas sobre la litera. Mis pechos me duelen, me arde el cuerpo, las encías me abrasan; la horrible tortura crece, y doy varias vueltas más sobre la litera, cayendo al suelo, donde me revuelco aullando.

Me toco el rostro, que era terso, juvenil, hermoso… lanzo un grito de desesperación.

—¡No…! ¡Otra vez, no! No hay luna… ¡Se ha ido la…! ¡No…! ¡No…!

Trato de controlarme, de luchar contra eso, contra todo, contra mí misma, y no puedo dominarlo, no puedo dominarme…

Mis garras, mis zarpas destrozan las ropas que me cubren, que me aprietan, que me ahogan, que impiden mis libres movimientos, y, una vez más, babeante, sedienta, me revuelco en el suelo, aullando…

Algo me impulsa a matar de nuevo en esta noche, o me dice que vaya a buscarle y termine con él. Algo me arrastra en su contra… para hundir mis colmillos en su garganta y destrozar su pecho con mis patas peludas, fuertes, muy fuertes.

Salto hacia la puerta… y pierdo el control de todo.

* * *

Sombras a su espalda, ahora frente a él.

A lo largo del pasillo, nada. Al fondo, la escalerilla… que da a cubierta, los mamparos y a su izquierda la barandilla que da al mar, cuyas olas se oyen, al romperse suavemente contra el costado del *Colombo*, que se mece con suavidad.

Todo estaba en silencio, en calma, pero aquel silencio, aquella calma, se le antojó siniestra a Drake.

Palpando nerviosamente la culata de la Magnum dudó un poco, unos segundos nada más, y dio media vuelta. Por segunda vez encaminó sus pasos hacia su camarote.

Dos o tres, y se detuvo escuchando, mientras un escalofrío recorría su espina dorsal.

—Estás temblando, Drake, y eso no está bien —monologó—. Tampoco está bien que tú, precisamente creas en esas supercherías.

Pero los acontecimientos pasados le desmentían.

Siguió andando.

Un resoplido, como el de un perro al husmear algo, un hueso, un trozo de carne… y el deslizar de las pezuñas sobre la cubierta limpia y brillante que tenía a su espalda.

Por segunda vez, Kerry Drake, con el vello erizado se volvió en redondo, llevando ya la automática en mano.

Nada…

Al pronto, nada, pero luego, sí, luego, a los dos o tres dos segundos o tal vez más, vio la sombra.

Alargada, pegada a uno de los mamparos, acercándose a él lentamente, agachada, sombra alargada, grande, más grande quizá que un hombre, si estuviera puesta en pie, con erizado lomo brillando opacamente a la luz de las estrellas, las abiertas fauces escupiendo espuma, y los dientes, los agudos y largos colmillos, mostrándose no menos brillantes, con brillo de marfil, entre los delgados y largos labios negros, las enhiestas orejas, y el vientre rozando aquella cubierta.

Paso a paso… los ojos grandes, verdes, diabólicos, fluorescentes, fijos, terroríficamente fijos en él.

Durante unos segundos, Drake luchó contra el deseo que le acometía de volver la espalda y alcanzar corriendo su camarote, cerrar con llave, pero no lo hizo. Si bien empezó a retroceder hacia la barandilla de babor mientras que el lobo, deslizándose materialmente hacia él, sin producir un rumor, ni el más ligero ruido, agachado de modo inverosímil, se acercaba paso a paso.

Drake notó, de pronto, que su espalda tropezaba contra la barandilla, y el deseo de saltar, de lanzarse agua, le acometió del mismo modo que antes le acometiera el insano de volver la espalda y correr hacia su camarote.

Con el rostro desencajado, transpirando gotas de frío sudor, que se deslizaban desde su frente por las mejillas y cuello hasta manchar el de la blanca camisa que llevaba puesta.

Sus ojos, muy abiertos, llenos de terror, se mantenían fijos, también muy fijos, en la fiera que ahora se disponía a saltar.

Fue entonces, justo en aquel momento, cuando reaccionó. Entonces levantó la pesada automática y apretó el gatillo.

El estampido saltó al espacio, corrió a lo largo pasillo, subió al

puente y se perdió en la inmensidad del mar, por el otro lado del barco, mientras que frente a él, con un aullido impresionante, que terminó de ponerle el vello de punta, la fiera, el enorme lobo, dio un fantástico salto y corrió hacia la escalerilla que, cincuenta yardas más allá, daba acceso a los camarotes del fondo.

Desde la barandilla, incapaz de moverse aún, Drake hizo fuego un par de veces más, y maldijo, sabiendo que había errado a tan poca distancia, debido a su nerviosismo, a su miedo.

Corrió también hacia la escalerilla, pero se detuvo, preguntándose para qué iba a descender. El lobo, fiera humana, estaría ya en su cubil, o vagando por el yate… posiblemente hasta el amanecer.

No podía hacer nada aquella noche. Nadie, de los del barco, podía.

Sin soltar la automática, Drake entró en su camarote y cerró la puerta con llave.

CAPÍTULO VII

El sol estaba bastante alto cuando Drake abandonó el camarote, que cerró con llave, guardándosela en el bolsillo. Alcanzó la escalerilla, subió, y finalmente se encontró en cubierta.

Natalia y Sharon.

Y las dos vistiendo casi de idéntica forma. Unos *shorts* y las blusas, sin mangas, dejando al desnudo las piernas y los morenos y redondos hombros.

Vaciló un poco, antes de avanzar un solo paso, pensando que eran dos bellezas antagónicas, dos bellezas diferentes, entre las cuales no había comparación posible.

Llegado el momento de escoger, ¿por cuál de las dos decidirse?

Por fin se decidió, y ambas se volvieron a mirarle al oír sus pasos, y pudo ver que también en la palidez sus rostros, en sus ojeras, eran exactamente iguales, por lo menos, aquella mañana.

Natalia le estaba sonriendo, ahora con los grandes y rasgados ojos brillantes, levantándose ya para salir su encuentro, y miró a Sharon, que fruncía el ceño.

Estaba celosa del movimiento de Natalia, y aquello era todo.

Con el rostro pálido, terroso, aterrorizada a pesar de ser pleno día, sus manos temblando, y en sus ojos se reflejaba una expresión vacía de la noche anterior.

Estaba desesperada, luchando con todas sus fuerzas para no dejarse vencer por un ataque de nervios o de locura.

Pero ¿quién no esperaba volverse loco, de un momento a otro, en el *Colombo*?

Les dirigió un saludo a ambas al tiempo, justo cuando ya Natalia estaba diciendo:

—Quiero hablar contigo, Kerry.

Y sus ojos, que ahora y de forma súbita habían perdido toda su luminosidad, quedaron prendidos en los suyos, en tanto que el

frunce del ceño de Sharon se intensificaba.

—Correcto, Natalia —repuso Drake—. ¿Qué es ello?

—Aquí no. En otra parte donde podamos estar tranquilos.

Natalia miró a Sharon. Los ojos de aquélla habían cambiado, y ahora contrastaba su brillo con la palidez cerúlea de su semblante.

—¿Dónde?

Siempre, sin dejar de mirarla, como si adivinara en ella una enemiga en potencia, respondió:

—Conozco un sitio tranquilo, Kerry. En mi camarote. Allí nadie nos molestará. ¿Vamos?

Sin esperar respuesta, cruzó la cubierta y yendo hacia la escalerilla de estribor. Pero cuando alcanzó los primeros peldaños, Kerry Drake le iba a la zaga.

Entraron, y ella cerró a su espalda. Durante un segundo, ambos se miraron en silencio, observándose mutuamente, como si de repente algo intangible, impalpable, se hubiera interpuesto entre los dos.

Hasta que, por fin, Natalia rompió el silencio:

—Kerry…

—¿Sí…?

—Sabes que te amo, ¿verdad? Que te quiero mucho… mucho más que pueda… pueda quererte esa niña rica.

—¿Te refieres a Sharon?

—Sí.

—¿Y…?

—Quiero… quiero que veas esto, Kerry, amor… Es… lo que he estado haciendo esta noche pasada. No he dormido, ¿sabes?

No hacía falta que lo jurara. Su palidez, el cerco violáceo que tenía en los ojos, a pesar de la sabia capa de maquillaje que se diera, hacían innecesario cualquier clase de juramento al respecto.

—¿Y bien…?

Pero Natalia ya se estaba inclinando, vuelta de espaldas a él, hurgando bajo la litera.

Cuando se levantó, enfrentándole, llevaba en las manos una simple y vacía lata de tomate en conserva, y, sorprendido, Drake pudo ver que tenía varios agujeros en el fondo; seis en total, seis agujeros redondos.

Arqueó una ceja mientras depositaba el bote sobre la litera,

para, a continuación, volverse a mirarle, burlona.

—¿Todavía no lo adivinas, Kerry?

—¿Qué demonios…?

La risa de ella, un tanto burlona, le interrumpió.

—Es… Anoche trabajé durante horas. Recuerdas que te pedí tu revólver, ¿no?

—Sí, así es… Pero no comprendo…

—Si dejas de interrumpirme, te lo explicaré —hizo una pausa y añadió, en vista de que Drake daba la callada por respuesta—: Estuve fundiendo plata, Kerry. Plata, que luego puse en este bote y, por esos agujeros… por esos agujeros dejé caer a otro recipiente lleno agua. Son… del tamaño de las balas de tu revólver, Kerry. Hice… hice los taladros del fondo del bote con una broca que tomé prestada del cuarto de máquinas. Es… es plata. ¿Comprendes lo que eso significa? —Excitada, nerviosa, le prendió por la chaqueta, aplastándose materialmente contra él, y pidió, con el pálido rostro levantando hacia el suyo, con lágrimas en los ojos—. ¡Mata a la fiera, Kerry! ¡Hazlo por mí, por nosotros… por todos los del *Colombo*! No culpo a Dugan por quedarse aquí, junto al islote. Lo llevamos a bordo y lo mismo atacará… en alta mar que aquí. ¡Mátale Kerry! Por noso… ¡Por todos, querido! Yo… yo misma quité las balas a tu revólver y las cambié por éstas… por esos trozos de plata… y apreté las vainas, los cartuchos, con objeto de que no escapen los gases, cuando aprietes el gatillo.

—Eso es peligroso, muy peligroso —repuso el estupefacto Drake —. Puede estallarme el revólver en las manos…

—¡Sí, lo sé! Y también puede… puede que, si no lo usas… si te ves frente a ese… ese hombre… quedes como… como el radiotelegrafista. Otra arma… otra arma… no te servirá de nada. No, Kerry, no serviría, no sirve —volvió nuevamente a hacer una ligera pausa y continuó—: Anoche, después de que te fuiste —se estremeció violentamente entre sus brazos—, oí dos o tres disparos y un… un aullido. Fue… fue la fiera… ¿verdad? ¿Quién… quién…?

—Me atacó a mí, Natalia —repuso Drake.

Y ella se tambaleó, a punto de perder el sentido mientras que sus manos, soltándose de Drake, iban a sus pechos.

—¿Que… que te…?

Su voz era un susurro, un doliente susurro.

—¡Oh. Kerry, amor!

Se lanzó entre sus brazos y, una vez más, las bocas se unieron en un beso que les dejó sin aliento a los dos.

Al concluir con la caricia, Natalia se desprendió de él y volvió a mirar bajo la litera. Cuando le enfrentó, llevaba en las manos el arma que la noche anterior le pidiera.

—Míralo tú mismo, Kerry —dijo con un hilo de voz—. Y ojalá te sirva. Hay… hay que terminar de una por todas con esa fiera… con todo lo inhumano que presenta, con todo lo bestial y sanguinario que…

Calló, más pálida aún, más temblorosa, incapaz de continuar pronunciando palabra.

Drake tomó el arma y la abrió, expulsando del tambor los proyectiles, que examinó a conciencia entre sus dedos.

Sí, podían servir, en un caso dado.

Degollado por degollarse a sí mismo, aunque fuera un pobre consuelo, prefería lo segundo. Y entonces fue cuando verdaderamente se sorprendió, al darse cuenta de que ya no dudaba de aquello… de que aquella maligna transformación pudiera darse en un ser humano, movido por unas extrañas fuerzas, que jamás llegaría a comprender.

La repentina pregunta de Natalia le interrumpió en sus meditaciones:

—¿Crees que servirá Kerry?

Drake la miró dubitativo.

—Con probar, a pesar del peligro, nada se pierde, muchacha.

—Ten… ten cuidado, ¿quieres? Anoche… anoche, esa fiera… esa fiera y tú… Tal vez repita el ataque… tal vez esta misma noche… también de luna llena. Yo… yo siento que voy a desmayarme. Kerry…, amor.

Y con un sollozo, se precipitó, una vez más, en sus brazos.

Caía la noche cuando abandonaron el camarote para ir al comedor, donde ya les estarían esperando para cenar.

Sedir, el contramaestre, fue el encargado de darles el aviso de parte de Taylor.

En la línea del horizonte, en la lejana línea, todavía no había aparecido la luna.

La cena transcurrió en un extraño ambiente de tensión y

ansiedad. Todos parecían esperar algo, sin saber qué. ¿O sí que lo sabían?

¿Un nuevo crimen?

Nadie lo afirmaría, a no ser Cora Perkins, la cual con un brillante y ajustado vestido de lana, que se adaptaba a su cuerpo, como una segunda piel, haciendo resaltar su explosiva belleza, no dejaba de mirar a Drake.

«Va a ocurrir algo, Kerry Drake. Esta noche va a matar a alguien más. Y anoche… ¿qué fueron esos tiros de anoche? ¿Fuiste tú, Kerry, querido, en lucha abierta con la fiera… con el hombre lobo?».

No parecía tener miedo alguno. Incluso la situación parecía divertirla un tanto. El brillo de sus ojos era intenso, y parecía embriagada por las ideas que le cabalgaban en el interior de su mente.

Regocijada y divertida de antemano por lo que adivinaba que iba a ocurrir a no tardar; por lo que esperaba que sucediera.

Drake desvió los ojos de ella, y miró a Sharon. La muchacha después de su desplante en la cubierta, aquella misma mañana, ya que ella debía conceptuarlo así, llevaba la misma blusa verde. Lo único que había cambiado en su indumentaria era el trueque de los *shorts*, por la minifalda.

Al terminar con la cena, ninguno de ellos pasó al salón. Como si tuvieran prisa, alegando diferentes quehaceres, fueron saliendo hacia sus respectivos camarotes; incluso Natalia lo hizo, después de dedicarle una sonrisa.

Drake quedó solo, pensando.

¿Era cierto el mudo mensaje de los ojos de Cora?

La maldijo, al pensarlo, y, con los dedos, rozó la culata del revólver que ahora llevaba en el bolsillo del pantalón. Un revólver con balas de plata; todas balas de plata que, en un momento determinado, podían volverse contra él, al hacer estallar el arma entre sus dedos.

Encogió los hombros… pensando en la fiera humana… y en que la luna no tardaría en surgir por el horizonte, como emergiendo de las profundidades del mar.

Tuvo un estremecimiento, que logró reprimir con un esfuerzo, y dio un par de pasos hacia la salida, y se detuvo indeciso.

La desagradable sensación de miedo, de terror hacia lo desconocido, le atenazó una vez más, y maldijo entre dientes, luchando por vencerla, por vencerse a sí mismo, hasta que lo consiguió.

Drake salió fuera, y miró a su alrededor.

El silencio del yate era opresivo, pesaba como una losa de plomo.

Casi frente a él, la silueta del islote donde alguien de los de a bordo asesinara a un malayo, tal vez por la historia que contó, como ya pensara con anterioridad.

Empezó a andar hacia cubierta, y, de espaldas a la nave, se acodó en la barandilla, con los dedos agarrotados ahora en torno a la culata del revólver que le diera Natalia.

Pero ¿sería capaz de emplearlo?

¿Saldría la fiera, el hombre lobo, también aquella noche, a recorrer la nave, en busca de una presa… de la caza humana?

Miró hacia el mar, hacia el lejano horizonte, más allá, mucho más allá del islote, y la vio.

La luna, asomando primero, indecisa, y luego, decidida ya, hacia su cabalgar galopante por el espacio.

Luna hermosa, llena, plateada, brillante, un hermoso disco con brillo de… de lo que ya pensara, de plata… pero a él se le antojaba como nunca se le antojase; decididamente siniestra.

Sacó el arma del bolsillo e, indeciso, examinó la carga.

Se volvió a la inversa, con el revólver en la mano, dando la espalda ahora al mar. Él también pensaba ir de caza aquella noche… iba a cazar a una fiera humana, a la que no podía culpar de nada… por la sencilla razón de que sabía que no era culpable de su transformación, de convertirse, aun quizá en contra de sus propios deseos, en un hombre lobo… en una horripilante fiera humana.

Empezó a andar, tratando de captar cualquier nido en la noche, oyendo sólo el suave rumor de las olas al estrellarse contra el casco del *Colombo*.

Siguió hacia la escalerilla de babor, deseando examinar los camarotes, comprobar si las puertas estaban completamente cerradas… y vigilar alguna de las abiertas… contando con que la fiera, el lobo humano, no fuera uno de los marineros del yate. Pero no pudo llegar.

Fue entonces cuando allá arriba, en cubierta, y mientras a su espalda, como si aquella noche tuviera más prisa que otras, la luna se elevaba al espacio, y a juzgar por el sonido, hacia la escalerilla de estribor, sonó el disparo.

Drake se detuvo en seco, soltó una maldición, y el aullido de la fiera le hizo estremecer hasta las fibras más sensibles de su interior, cuando estalló en la noche espeluznante, terrorífico, como una llamarada mortal, como el presagio de una nueva muerte.

Drake corrió hacia allí, mientras el aullido se repetía, cesando bruscamente, con una brusquedad inusitada, como si la fiera se hubiera dado cuenta de un súbito peligro, o como si acechara a otra presa.

Alcanzó la cubierta, y vaciló, mirando el cuerpo tendido cerca de la barandilla. Inmediatamente después, vio una silueta en pijama, que corría hacia la escalerilla. Detrás de aquélla, en mangas de camisa, el capitán Taylor.

Corrió a su vez, con el revólver en la mano.

Taylor alcanzaba ahora la escalerilla. Drake vio cómo se sujetaba a la barandilla. Luego hubo algo como un lapsus en todo aquello, algo fugaz, que apenas si duró un par o tres de segundos, y vio al lobo dar un salto.

Fue a gritar, pero no pudo, y el aullido se convirtió en un sonido horrible y en el grito lacerante de Taylor, que se cortó bruscamente, cuando los colmillos le cortaron la yugular, y la sangre saltó en surtidor rojo, hacia el espacio, y, ya perdida su fuerza, entre las babeantes fauces de la fiera, a cubierta.

Drake levantó el arma, pero el nuevo salto del lobo, hacia las tinieblas de los camarotes, le impidió apretar el gatillo:

Una vez más, corrió como un loco, sabiendo que era tarde, demasiado tarde. La fiera humana había matado dos veces aquella noche, tenía la certeza de que era así, y no había podido hacer nada por impedirlo.

Se inclinó junto al primer caído, oyendo pasos a su espalda. Se volvió en seco y, sin mirarle, dijo:

—Mire a ver si puede hacer algo por él.

Volvió a correr hacia la escalerilla, y bajó como un huracán. En el fondo, junto al último escalón, estaba el cadáver de Grant Taylor, completamente degollado con huellas de zarpas en sus ropas.

Estaba allí, pero el pasillo se encontraba desierto. Miró a su alrededor; nada.

¿Dónde estaba la fiera? ¿Quién era, de todos los… los que ocupaban los camarotes?

Un hombre en pijama; un hombre al que no había podido reconocer. En realidad, ¿era éste?

CAPÍTULO VIII

Las puertas de los camarotes de aquel lado se estaban abriendo. Drake, sin soltar el arma, avanzó hacia el que sabía ocupado por Dugan, pero antes de que pudiera llamar, aquél apareció ante sus ojos.

La respiración del dueño del *Colombo* era entrecortada, como la de un hombre que acaba de dar una carrera, y estaba en pijama.

Luego apareció Cora y Larry Perkins, el último también en pijama, pero su aparición era tranquila, acompasada. Después lo hizo Heath, y más tarde, Natalia, en deshabillé rosa, de transparente nylon. Pálida, temblorosa, a punto de sufrir un colapso, pero nadie, sino él, pareció reparar en aquello.

McAllyson no daba señales de vida. Drake dio un paso hacia su camarote, y entonces la pregunta de Dugan le interrumpió:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué hace con esa pistola en mano, Kerry? He oído dos disparos. ¿No? Por lo menos, me ha parecido oírlos.

—Y un aullido… un aullido de fiera, de hombre lobo… y sí, fueron disparos… que se hicieron contra la fiera, cuando yo la estaba buscando, a mi vez. Me interesan los hombres lobos… Dugan. Sé cómo terminar con ellos y con… con todo lo que representan en estas y otras latitudes. Alguien ha disparado esta noche contra esa fiera humana y… —miró el cerrado camarote de McAllyson, y añadió, vacilando—. McAllyson no sale —siguió—. Puede que sea el hombre que está tendido en medio de la cubierta. En cuanto al capitán Taylor, a ése ya no le veremos más. Está muerto, degollado y es… es horrible…

Y Drake señaló detrás suyo, al pie de la escalera y se volvieron a mirar. El bulto blanco del capitán del *Colombo* se destacaba claramente sobre el fondo oscuro del pasillo.

Natalia y Cora se cubrieron el rostro con las manos y sollozaron quedamente, mientras Drake pensaba.

¿Quién era el asesino? ¿Quién? ¿La bestia de la noche, de la luna llena?

Ahora, entre ellos, sólo quedaban tres. Dugan, Perkins y Heath.

Dugan le sacó de su abstracción, cuando dijo:

—McAllyson no está en su camarote.

Entonces Drake se dio cuenta de que, mientras pensaba, había abierto la puerta para mirar en su interior.

Las dos mujeres continuaban sollozando en silencio. Después, sin consultarse previamente, los tres se volvieron y corrieron hacia cubierta, seguidos del propio Drake.

Sharon estaba allí, desencajada, pálida, temblando, pero entera, junto al también degollado cadáver de McAllyson.

Dugan, sin mirarla, fue el primero en inclinarse sobre él.

—Está muerto —anunció innecesariamente—. Tú, Sharon, vete a tu camarote. Éste no es lugar para ti.

De manera irreverente para el cadáver de McAllyson, ella se echó a reír, pero hizo lo que su padre le mandaba, sin lanzar ni una sola mirada a Drake.

Justo cuando se iba, Dugan empezó a hablar:

—¿Quiere hacerme un favor, Heath —preguntó, mirándole con ojos aterrorizados— y usted también, Perkins? Entre los dos pueden trasladar esos cadáveres a la estación de radiotelegrafía. Esta noche ya es bastante tarde para hacer nada más.

Y sin poderlo evitar, de modo instintivo, estremeciéndose como anteriormente lo hiciera Drake, miró la luna, que cada vez se elevaba más y más hacia el espacio infinito.

Empezaron a hacerlo así, alejándose, y Kerry Drake y Dugan quedaron solos, frente a frente, junto a la terrible mancha de sangre que, en aquella parte, cubría el suelo.

Dugan fue el encargado de romper el silencio con una pregunta:

—¿Tiene algo de beber en su camarote, Kerry? —preguntó.

Drake le miro en silencio durante unos segundos.

—Prefiero que me invite al suyo, míster Dugan —repuso secamente.

El magnate le devolvió la mirada hasta que por fin respondió:

—De acuerdo, iremos al mío.

* * *

Tengo miedo, verdadero terror.

Esta noche he tenido miedo, verdadero pánico, cuando les he visto correr.

Apenas he tenido tiempo de encontrar mi cubil, mi camarote… y la fiera que hay en mí aún continúa sedienta… con hambre.

La carne latiendo entre mis colmillos, entre mis garras… no me ha saciado esta vez… No he podido probarla.

Kerry Drake y todos los demás… acusándose con las miradas, mutuamente… y quedan tres… sólo tres, ya que el resto de la tripulación no cuenta.

¿Qué pasará ahora?

Ésta es la pregunta que me he estado haciendo, que me hago ahora, luego de haberles visto junto a mí, mirándome casi con lástima, a causa de mi terror, de mi miedo, por lo que ellos juzgaban que tenía delante de mis ojos.

¡Pobres! No saben que mi pánico, mi palidez, mi lividez, obedecía a que aún no se había operado en mí la transformación salvadora, después de matar, cuando ellos, en tropel, estaban llegando a los camarotes. Hubiera bastado un simple empujón a la puerta y… hubiera muerto matando, notando en mis abiertas fauces el sabor dulce de la sangre y, entre mis uñas, la carne al desgarrarse… las tiras de carne palpitantes, que me dan la vida cuando yo deseo la muerte y por contraste, la temo… la temo tanto, que no puedo dármela por propia mano, porque cuando soy como ahora, cuando sé que, dentro de poco, con el nuevo día, estaré en cubierta, y un hombre posará sus labios en los míos…, siento que, que soy una mujer, que soy como las demás, y no una hambrienta loba.

Pienso, tengo la sensación, la angustia, de que esta noche se repetirá el ataque. No quiero, no lo deseo, pero necesito saciar mi apetito.

Como siempre a través del «ojo de buey» de mi camarote, miro el disco plateado de la luna.

Una luna que aún no ha alcanzado su cenit.

Me hacen daño los ojos… la boca, y los dientes… pero no siento opresión alguna en el pecho; quiero apartar mis ojos del astro de la noche, pero no puedo. Es horrible, horroroso, si se quiere, pero algo de mí misma se siente fascinado por la luna.

Algo, como digo, terrible.
Que no ocurra de nuevo, es lo que pido.
Que no suceda, pero sé que mi petición es vana.

* * *

Whisky escocés legítimo. Eso era lo que Dugan le estaba ofreciendo en un alto vaso de cristal tallado. Eso y una botella con soda.

Drake despreció lo último, bebió un largo sorbo y le miró directamente a los ojos.

Dugan pareció tragar saliva un par de veces, y luego exclamó:

—Quisiera decirle algo, míster Kerry.

—Empiece cuando quiera. Dugan —repuso Drake, sin darle tratamiento alguno—. Le estoy escuchando.

—Sólo en tres o cuatro palabras voy a decírselo, no soy el asesino. No, ese hombre lobo… que vaga por el yate… no ese horrible ser del Más Allá… si es que en realidad… en realidad… En fin, que tampoco maté a Orsu.

Y le miró atentamente, esperando una respuesta, que tardó bastante en llegar.

—Tampoco, yo, pero no me pida más. No quiero, ni puedo tener confianza en nadie, como no sea en mí mismo. Ese… lo que sea, ha degollado a uno de mis mejores amigos. Si le pongo las manos encima, sea lobo o ser humano, le jura que le mataré, aunque sea lo último que haga en mi vida.

Dugan bebió un poco y, luego de limpiarse groseramente la boca con el dorso de la mano, respondió:

—Yo no lo hice, aunque sea repetirlo demasiado, Kerry. Cierto que no soy tampoco una persona muy decente… Se diría que nada decente, pero de eso a un asesino, a convertirme en una fiera, las noches de luna llena…

Hubo, una pausa, y un largo silencio, que Drake no rompió, por lo que Dugan continuó hablando. Y había miedo y preocupación en su voz, cuando lo hizo:

—Nos hemos quedado sin capitán, Kerry —añadió—. No quiero encargarle el mando del *Colombo* a Murphy, y estoy preocupado.

¿Qué deba hacer?

—Désela a Sedir. El contramaestre puede ser un buen capitán, por lo menos hasta que lleguemos a Singapur.

—No lo sé. No me fío de los marineros. Hace poco cuando corríamos por cubierta para ver ese… horrible cadáver, les he oído cuchichear entre sí. Crea que vamos a tener más complicaciones.

—¿Tiene armas?

—Sí, algunas.

—Pues distribúyalas entre nosotros, sin exceptuar a las mujeres. Esa gente cuando se enfurece, impulsada por el miedo y la superstición, se vuelve fiera. Y ahora no hay superstición ni leyenda en torno a todo esto.

—Lo haré, aunque será peligroso. No olvidemos que a bordo hay un asesino. El de Orsu. Eso no lo hizo ningún… ningún hombre…, hombre lobo.

—Ya lo sé —repuso Drake—, pero también hay que pensar en otra cosa, ese asesino debe ir armado. Un arma más o menos en sus manos…

Aquello era verdad, y Dugan lo sabía.

—Haré lo que pueda —bebió un largo sorbo, y añadió: Me voy ahora. Quiero ver qué es lo que han hecho con el cadáver del capitán Taylor.

Drake no respondió.

No lo hizo tampoco cuando abandonó el camarote para dirigirse al suyo propio, pensando que aquella conversación había sido muy extraña. Ninguno de los dos había mencionado a Sharon para nada, cuando él sabía positivamente que su nombre estuvo latiendo en el aire, durante todo el tiempo.

No, decididamente, no se había comportado bien con ella.

Entró.

No la esperaba, después de lo ocurrido, pero ella estaba allí, mirándole con sus grandes y hermosos ojos, en los cuales brillaba un profundo miedo.

Se puso en pie y, también sin pronunciar palabra, fue a refugiarse en sus brazos. Drake no tuvo ánimo para apartarla de un manotazo, por lo que correspondió al beso, hasta que, un minuto más tarde, se separaron.

Sólo entonces Sharon habló:

—Estoy asustada, Kerry —afirmó rotundamente—, y… Me voy a odiar por esto, por lo de Natalia, pero vine a quedarme contigo. No quiero estar sola. No, esta noche… ni ninguna otra noche…

Drake vaciló.

Pensaba en Natalia; varias veces se habían preguntado qué ocurriría en el caso de escoger entre las dos y había llegado a una conclusión. Sharon Dugan, millonaria, la hija del magnate Dugan, había perdido la partida.

—Pero… —empezó.

Sharon la cortó, casi en un angustioso grito:

—¡No me eches, Kerry! Tengo miedo, y no es eso… por esa fiera… solamente. Algo horrible, también se está tramando en las entrañas del *Colombo*, que me asusta tanto o más que… que… Esos malayos creen que uno de nosotros es… es esa fiera y…

No terminó.

De un modo repentino, Drake dio media vuelta y corrió hacia la puerta, que abrió de un tirón.

Y vaciló un solo segundo, al comprender que era verdad, que Murphy, el segundo de a bordo, se encontraba frente a él, llevando en las manos una pesada Parabellum automática.

A pesar de ello, Drake, sin una sola vacilación, se lanzó contra él. Murphy pudo matarle en aquel instante pero no lo hizo, ya que sus ideas eran muy otras, e hizo un quiebro de cintura, que no le sirvió de nada, pues el puño del periodista le alcanzó en el mentón lanzándole contra uno de los mamparos.

Unos segundos más tarde, con las manos en los senos, Sharon vio cómo ambos se enzarzaban en brutal pelea, yendo de un lado para otro del pasillo, hasta que, finalmente, Drake logró conectar un fantástico gancho en el mentón de Murphy.

El segundo oficial del yate dio unas cuantas vueltas sobre sí mismo, con los brazos levantados sobre su cabeza hasta que vino a chocar contra uno de los mamparos y luego se deslizó mansamente al suelo.

Drake le miró, limpiándose la sangre que tenía en el rostro. Cuando terminó de hacerlo, desvió la mirada hacia el lugar donde debía estar Murphy.

No estaba.

Corría hacia la escalerilla, con tanta agilidad como sus piernas le

permitían, y Drake se lanzó tras él.

A continuación, a su espalda, sonó un gemido, confundido con un golpe.

Drake se detuvo en seco, ahogó una maldición, y se volvió en redondo.

¡Sharon!

Volvió a correr en sentido inverso, y entró en el camarote, cuya puerta estaba abierta.

Sharon también estaba allí, caída en el centro, con un golpe en la cabeza, del cual manaba un poco de sangre. Drake se inclinó, la tomó entre sus brazos y la depositó en la litera. Luego, se volvió a mirar a su alrededor. Habían bastado segundos, muy pocos, para que todo estuviera revuelto.

¿Qué buscaban? ¿Armas?

Era lo más lógico; y desvió los ojos hacia la muchacha, clavándolos en su bello y demudado rostro. Al oírla gemir, se acercó.

Estaba como muerta, pálida hasta lo indecible, pero tenía los ojos abiertos, mirándole fijamente. Drake tomó una de sus manos y se la oprimió.

—Me… golpearon por detrás, Kerry —dijo en un susurro—. No pude ver a… a…

Entonces se desmayó.

Se enderezó no sabiendo qué hacer. Durante unos instantes al ver a Murphy encañonándole, creyó era el asesino de Orsu, tal vez el hombre bestia…, pero ahora comprendía que no.

Volvió a mirar a la muchacha, y pensó en Sedir; el malayo podía cuidarse de ella, en tanto él iba en busca de Dugan. Había que cortar la rebelión en el acto, antes de que las cosas pasaran a mayores.

Salió.

Avanzó rápidamente por el pasillo, y, al llegar escalerilla, le vio descender, corriendo hacia él.

—¡*Tuan* Kerry! ¡*Tuan* Kerry! —exclamó, al verle—. *Tuan* Murphy…

Drake le interrumpió, sabiendo lo que iba a decirle.

—Vete a mi camarote —ordenó—. Llévate a Sharon donde no puedan encontrarla, de momento. Yo, en tanto, voy a avisar a

míster Dugan.

—*Sí*, *Tuan*.

Drake corrió una vez más hacia cubierta. La alcanzó, y empezó a cruzarla rápidamente, y eso fue todo.

Vagamente primero, con más precisión después, vio las moles de los malayos corriendo hacia él, y entonces levantó la automática que llevaba conjuntamente con el revólver que recargara Natalia, y disparó un par veces. Dos de los malayos mordieron la cubierta, los otros se le echaron materialmente encima.

Entre ellos vio a Murphy, como elevaba el arma hacia él, e hizo lo propio, intentando apretar el gatillo.

No pudo.

Algo chocó contra su cabeza, y Drake abrió los brazos en cruz, dio media vuelta sobre sí mismo y cayó al suelo.

En el firmamento, la luna llena empezaba a declinar hacia su ocaso. Un poco más allá, el aullido del lobo quebró el silencio que ahora reinaba en el yate, al que siguió un alarido infrahumano… un alarido de muerte… y luego, una vez más, el silencio y la calma.

CAPÍTULO IX

Abrió los ojos, sacudiendo la cabeza, y miró a su alrededor.

Se dio cuenta de que era completamente de día, y algo más, de que no estaba solo y de que se encontraba en el salón.

Dugan, Sharon, Cora, Natalia también estaban allí. Y Perkins, pero no Heath.

Todos, pálidos, asustados, temblorosos, pero completamente sueltos.

Del exterior no le llegaba sonido alguno.

Natalia ya se estaba inclinando sobre él, ante los ojos inquisitivos de Sharon y la mirada burlona, brillante y enigmática de Cora Perkins.

—¿Te… te encuentras bien, Kerry?

Drake forzó una sonrisa y, ayudado por la muchacha, se sentó en el suelo, y sus ojos fueron al dueño del yate.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó, con un hilo voz que ni él mismo reconoció como suya.

—Le golpearon a usted, Kerry —repuso el dueño del *Colombo*.

Fue entonces, al intentar ponerse en pie, siempre ayudado por los brazos de Natalia, cuando reparó en algo más; en que la cubierta del barco estaba inclinada hacia estribor. Bastante inclinada, diría él.

—¿Y…?

—Fue Murphy… pero, como ve, no nos hicieron nada. Se llevaron algunos víveres y todas las armas, excepto un rifle y un par de revólveres, que tengo yo.

—¿Dónde fueron?

—Al islote. Ninguno quiere permanecer aquí. Pero antes, Murphy puso una bomba de plástico en el *Colombo* y ahora… Bueno, nos encontramos encallados en el fondo de la arena. No ocurrirá nada más de lo que ya ha ocurrido. Dijo, que nos

quedáramos aquí… entre el hombre lobo… con esa fiera… y que desde playa nos oiría… cuando nos fuera destrozando, uno a uno.

Drake tardó unos segundos en contestar, y, cuando quiso hacerlo, no pudo, ya que la voz temblorosa aterrorizada de Natalia se lo impidió:

—Fue… fue horrible, Kerry, querido —y Sharon frunció el ceño —. Esa fiera, ¿entiendes?

—No.

Pero estaba pensando en la audacia de Heath, cuando negó.

—Se trata… se trata de míster Heath, ¿sabes? Murió… La bestia terminó con él. Estaba allí… en su camarote… a medio vestir, con la garganta destrozada…, desaparecida… le faltaba una pierna… y su rostro, su pecho… Es horrible… fue espantoso… luego de lo ocurrido con los malayos. ¿Quién… Kerry Drake? ¿Quién de nosotros es la fiera humana? ¿Quién es el que nos devorará esta noche… tan pronto como… como…? ¿Quién, Kerry?

Temblorosa, sacudida en un sollozo, se precipito entre sus brazos, escondiendo en su pecho su altiva y bella cabeza, que Drake acarició de un modo inconsciente, hasta que bruscamente, Natalia se apartó de sus brazos y, con ojos de loca, les fue mirando uno a uno, hasta que los clavó en el semblante terroso y sombrío de Jim Perkins.

—¿Acaso usted, míster Perkins? —preguntó, con voz oscura—. ¿Quizá usted mismo, míster Dugan, y con sadismo de lo que es, del de una fiera carnicera, nos trajo aquí… para degollarnos uno a uno, para saciar en nosotros su apetito bestial? ¿Quién… quién de nosotros…?

Cora soltó una risita. Haciéndoles estremecer a todos.

—¿Y por qué no míster Kerry Drake, querida? —preguntó, con regocijo en los ojos, a pesar de su extraña palidez—. ¿Por qué no él? ¿O acaso anoche la pasó entre sus brazos… y tiene… la perfecta coartada?

Natalia entrecerró los ojos.

—Kerry no es esa… bestia inmunda, *mistress* Perkins —aseguró, con firmeza—. No, no lo es.

—¿Y cómo puede asegurarlo, Natalia?

Al ir a contestar, Dugan las interrumpió bruscamente.

—¡Cierren el pico! —estalló—. Ninguno de nosotros lo hizo. Casi

lo aseguraría.

—¿Entonces…?

Desvió los ojos coléricos al semblante siempre pálido, pero burlón, de Cora y respondió:

—Puede… o pudo ser uno de esos malayos. Es fácil esconderse en el *Colombo*. Esas gentes… son las propicias para… para… Con sus historietas, con sus leyendas y con su magia milenaria. Con su magia negra… maldiciones y sus hechizos.

Llevaba razón; o por lo menos, los que le escuchaban lo pensaron así, por unos segundos, aunque luego; ahora, mentalmente, empezaran a culparse los unos a los otros.

Drake fue el encargado de romper el hechizo.

—¿Y Sedir? —preguntó.

—En cubierta —repuso Dugan—. Le di uno de los rifles, y está vigilando el islote desde la cubierta. No se acercarán; créame, Kerry.

Pero Drake no tenía temor alguno por aquello. Estaba pensando en la noche. En otra noche de luna llena.

Como haciendo eco de sus propios pensamientos, Cora dijo:

—No es eso lo que… lo que temo, míster Dugan, esta noche. Uno de nosotros, con la luna llena, dentro de unas horas, perecerá. Esa… esa fiera está ham…

—¡Cállate, Cora!

Ella ladeó el rostro, lanzó una mirada despectiva a su marido, se puso en pie, abandonando la actitud indolentemente felina que tenía sobre el sillón en que permanecía sentada, y fue hacia la puerta.

Cruzó el umbral, sin volver la vista hacia atrás.

El silencio que produjo su brusca marcha se hizo angustiosamente espeso.

Natalia lo rompió con una pregunta, mientras se le colgaba del brazo.

—¿Tienes armas, Kerry?

Dugan fue el encargado de responder.

—Yo le daré una.

Pero Kerry sabía que no era aquello lo que la muchacha quería decirle, por lo que respondió en tono quedo:

—Ese maldito Murphy o alguno de los malayos, me arrebató el

revólver, Natalia.

La muchacha no contestó, y el silencio se hizo de nuevo en el interior del salón.

* * *

La puerta del camarote abierta… Hay reyertas en cubierta… Los *lascars* esos malditos malayos, y posiblemente Kerry Drake, luchando entre sí como fieras…

Pero… ¿quién soy yo para llamarles fieras…?

Nada, absolutamente nada. No soy nada.

O quizá una pobre loca.

Sí, la puerta abierta…

Mis patas se deslizan sin ruido… tengo las fauces abiertas y mis colmillos destilan baba…

No le veo aún… me detengo y escucho… un par de disparos arriba… que esta noche, esta segunda vez… esta noche de luna clara, llena… hermosa y odiosa para mí al mismo tiempo, no han sido hechos en mi contra.

Ahora… empujo la hoja con el hocico, y husmeó el del interior del camarote.

El olor de carne humana hace latir mis fosas nasales con voluptuosidad.

Está allí; una sombra blanca sobre la litera… apenas vestido… y solo…

Miro su cuello con los ojos brillantes, la respiración de su pecho, y penetro en el camarote.

No me ha visto, no me ha oído aún…

Intento retroceder, algo me empuja ahora hacia fuera pero no lo consigo. La sangre, el olor a carne humana, el espectáculo del cual voy a ser protagonista, puede más que mi propio yo, el que creo que es mi verdadero yo.

Me fascina… mientras me agacho hasta rozar con mi vientre peludo el suelo del camarote y me paso la roja y rugosa lengua entre las fauces abiertas, resecas…

Doy otro paso, otro más, mirándole fijo, muy terriblemente fijo, y entonces mi arqueado lomo tropieza y se oye el ruido de un

taburete…

Su respiración se corta… y, de pronto, se sienta en la litera. Su rostro blanco y sus ojos desorbitados despiertan en mí un sentimiento de piedad… Pero no puedo contenerme; lo quiero, y no puedo controlarme.

Voy a saltar a su cuello, voy a saltar a su garganta justo cuando su mano desaparece bajo la almohada y sé, intuyo, que está buscando un arma para hacerme frente, y le dejo hacer.

Al fin, aparece; una pistola…

Doy el salto, y su grito repercute en el interior de mi mente de una forma agradable, inimaginable, mientras trato de desgarrar su pecho con mis patas y busco su garganta con mis colmillos.

—¡Loba! ¡Es una maldita loba! Es…

Calla, abrazándose a mí, que gruño sordamente, ambos rodamos de la litera al suelo, donde empezamos a dar vueltas y vueltas. La pistola escapa de su mano, justo en el momento en que logro apresar su garganta.

Deja de luchar, queda quieto, inerte bajo mi peso, bajo mis patas, y el surtidor de sangre brota en tanto que sus huesos se quiebran.

Pierdo la noción de todo…

Cuando la recupero, estoy yendo hacia la puerta.

«¡Loba! ¡Es una maldita loba!».

Eso es lo que ha dicho… llevándose su secreto a la tumba. Nadie lo sabrá nunca en el *Colombo*. El yate de la muerte, cuando en realidad debía ser un yate de recreo.

Salgo al fin.

A mi espalda, queda su cadáver, destrozado, mutilado.

Me siento satisfecha mientras aúllo a la luna y, en libertad, los malayos continúan peleando.

* * *

Drake fue ahora el encargado de romperlo, formulando una pregunta más, dirigida a Dugan, y los ojos de Sharon, la silenciosa Sharon, le miraban con algo de disgusto, pero sin perder el miedo, el terror que la atenazaba.

—¿Qué piensa hacer?

—Esperar.

—¿Sí…? ¿El qué?

—No lo sé, Kerry, y ésa es la verdad —repuso el dueño del *Colombo*—, aunque voy a tratar de reparar el aparato de radio… si puedo, antes de que llegue la noche.

Se puso en pie.

—Venga luego a mi camarote, Kerry —añadió—, y le daré una de mis automáticas.

No respondió.

Dio media vuelta y salió fuera, dejándoles allí, y sin mirar a ninguno.

A Natalia, a Sharon y a Perkins.

Tampoco a Dugan.

Pensaba, cuando se encaminaba con paso lento hacia cubierta. En Perkins y en Dugan… y en la horrible, en la espantosa muerte de Heath, y ahora, su revólver había desaparecido.

Dugan y Perkins; sólo los dos… Sólo de pensarlo se le erizaba el pelo.

Y no obstante, tenía que armarlos. Murphy continuaba en el islote, y sabía que, más tarde o más temprano, intentaría algo contra ellos.

Allí no tenía comida… por lo menos, no mucha. Y carecía completamente de agua.

Ya en cubierta, Drake enfrentó a Sedir.

—¿Hay alguna arma por ahí? —preguntó.

—Sí, *Tuan*. En el camarote de *Tuan* Dugan hay par de automáticas más y un rifle.

—Será bastante. Ve a buscarlas. Entre tú, Perkins y yo tenemos que montar la guardia hasta la noche… Entonces… no se atreverán a subir a bordo.

El malayo asintió con la cabeza y se alejó.

Cuando regresó con aquéllas, Sharon venía con él.

A media tarde, en presencia de Cora, Natalia y Sharon, el cadáver, los restos del cadáver de Heath, fueron sepultados en el mar. La calma parecía reinar en el barco, pero no era así, Drake estaba seguro de ello.

Sin dejar la vigilancia, y siempre al lado de ella, pero

recordando a Natalia, Drake dejó pasar las horas hasta que, mediada la tarde, notó un inusitado movimiento en la playa. Fue entonces cuando mandó llamar a Sedir, y unos minutos más tarde, el malayo, acompañado de la muchacha, regresó a su lado.

—¿Qué ves en la playa, Sedir? —preguntó.

El malayo sonrió.

—Uno de mis compatriotas se dispone a lanzarse al agua, *Tuan*.

Era verdad, uno de los malayos se lanzó a las olas, y nadó rápidamente hacia el embarrancado *Colombo*.

Drake esperó, viendo cómo Sedir le lanzaba la escalera de cuerda al nadador, que trepó a bordo como un simio, enfrentando a Drake en primer lugar.

—Yo, *Tuan*, deseo parlamentar con *Tuan* Drake —contesto.

—¿Te envía Murphy?

—Sí, *Tuan*.

—¿Qué quiere?

—Más comida y agua.

Drake sonrió, pero en su sonrisa había extraordinaria dureza.

—Dile que no habrá nada de eso —respondió—. Que no tendréis nada hasta que acierte a pasar un barco aquí y nos recoja. ¡Ve y díselo!

El malayo le miró, dudando de lo que oía, y luego se volvió, yendo hacia la borda. Fue entonces cuando, viniendo de la playa, les llegó la voz de Murphy.

—¡Eh, Kerry Drake! —gritó—. Deseo parlamentar. Deseo más comida y agua. No nos va a dejar morir de hambre como a bestias, ¿verdad?

El malayo se había detenido, y a pesar de que las palabras del segundo oficial de Colombo se le antojaron completamente cínicas, Drake se acercó a la borda.

—Ve y dile a *Tuan* Murphy que accedo. Le daré lo que pide —dijo—, pero a cambio me tiene que dar todas las armas que tenga, incluyendo mi revólver. Es un recuerdo, y no quiero perderlo. Voy a mandar una barca, que llevarás tú —se volvió, enfrentando a Sedir, y preguntando—: ¿Hay algún marinero, de entre éstos, del cual nos podamos fiar?

—Sí, *Tuan*. Parientes míos, de Sedir, el contramaestre. Estoy seguro de que ellos no…

—Dejemos eso, por ahora —cortó Drake, sabiendo de antemano lo que le quería decir—. ¿Cómo se llaman esos dos?

—Keya y Delfos, *Tuan*.

Drake se volvió a mirar al malayo.

—Ve y dile a tu amo que yo, *Tuan* Drake, le daré lo que pide, pero que, a cambio, me tiene que entregar todas las armas que posee, incluyendo mi revólver —y pensaba en las balas de plata que contenía, balas fabricadas por las manos amorosas de Natalia—. Vamos, date prisa.

—*Sí, Tuan* —respondió el malayo—. El *Tuan* es misericordioso.

Fue a alejarse, pero Drake le detuvo de nuevo.

—Un momento aún —dijo—. Dile a Keya y a Delfos que ellos tendrán que venir por el agua y la comida. Luego se quedarán en el islote, con la lancha, vendrán cuando necesitéis más.

—Gracias, *Tuan*.

Saltó por la borda, y se perdió entre las olas, camino del islote.

CAPÍTULO X

Tan pronto como lo hubo hecho, Drake se volvió, enfrentando a Sedir, y fue entonces cuando se dio cuenta de que a su lado se encontraba también Perkins, el marido de Cora…

De los dos, fue Perkins el primero en romper el silencio.

—Desde luego ha hecho bien, míster Kerry —dijo—. Pero ahora habrá que tener cuidado. Ese buitre será capaz de hacer cualquier cosa para apoderarse de los restos del *Colombo*.

Drake no respondió; continuaba pensando.

No, ni Murphy ni ninguno de sus secuaces intentarían nada, por lo menos durante la noche. Estaba seguro que, de irse a dormir todos los que aún quedaban a bordo del barco, no ocurriría nada por aquella parte. Absolutamente nada.

No así allí. Perkins o Dugan. ¿Cuál de los dos? Incluso Sedir, que vigilaba la orilla, rifle en mano, podía serlo.

Y una noche más, estrellada, con la luna llena… Luego, el cuarto menguante y todo habría concluido por una temporada, para volver casi un mes más tarde… Y era… horrible; no se le ocurría por el momento, otro calificativo más que aquél.

Desvió los ojos de Perkins, sin dejar de pensar velozmente, y miró a Sharon, que permanecía en silencio, como siempre junto a él. Cora y Natalia debían estar en sus respectivos camarotes, descansando.

—¿Por qué no te vas a descansar un poco, Sharon? —preguntó.

Ella asintió en silencio, se elevó un poco sobre las punteras de sus zapatos de alto tacón, y le besó suavemente en los labios, y a continuación se alejó.

Drake le siguió con los ojos, pensativo, y acto seguido escudriñó la cercana playa con los gemelos.

El malayo ya estaba allí, y vio a Murphy, que se acercaba y cómo, después, ambos se adentraban en vegetación.

Media hora más tarde. Keya y Delfos llegaron, a nado, al costado del *Colombo*.

Devolvieron algunos cuchillos de fabricación americana, un par de automáticas y el revólver de Drake.

Con éste en la mano, nerviosamente, abrió la carga y la comprobó. Estaba correcto. Por lo visto. Murphy no había examinado las armas que arrebatara a los tripulantes del yate. Su terror, su horror a lo desconocido, el deseo de escapar de allí, como fuera, le hizo cometer infinidad de errores, y ahora…

Drake les entregó lo prometido, y se dedicó a montar la guardia, esperando la noche, otra noche más sobre el mar, otra noche de luna llena… otra noche de horror.

* * *

Me paseo de un lado para otro, en el interior de mi camarote, cigarrillo tras cigarrillo… que suelto apenas empezarlos a fumar.

Estoy nerviosa.

Todo está en calma, a bordo del yate… todo y todos, menos yo.

Un paseo, otro y otro más… y me vuelvo para mirar el mar… Más allá junto a la orilla de la playa, veo a algunos de los malayos que se han llevado las armas de a bordo.

Sé que las devolverán… o por lo menos, lo supongo.

Arriba en cubierta, en la barandilla de babor, adivino a Drake montando la guardia y… Bueno, en algún lugar del barco, el resto debe estar reunido.

Tal vez en el salón, y siento deseos de salir, de abandonar mi solitario encierro, pero pienso que no debo hacerlo.

Hoy tampoco he ido a comer. No me he sentado en la mesa, disimulando, fingiendo una vez más que tengo apetito, que quiero comer, cuando la realidad es muy distinta.

Continúo mirando al mar, y el sol, que se inclina rápidamente hacia su ocaso.

¿Cuánto falta para la noche?

No lo sé, pero siento el horror y la angustia que me consume. Una noche más, mi última noche de mujer lobo… La loba, como me llamó Heath.

Me estremezco, a pesar de que ésta será mi última noche… y luego todo volverá a ser igual que antes. ¿Por cuánto tiempo? Veintiocho días… y volverá la tortura, la pesadilla, los dolores que me harán revolcarme en el suelo, gritando, aullando, mientras la terrible trasformación se realiza.

Veintitantos días… ya que ni siquiera lo sé con seguridad.

Esta noche… Y volveré de nuevo a ser la que soy ahora mismo, la de siempre, y puede… si él no es que muere esta noche entre mis dientes, entre mis colmillos de fiera sedienta de sangre, que de nuevo experimente en mis labios los besos de Kerry, Y la caricia de sus manos en mi cuerpo, en disputa con las otras dos.

Las odio cordialmente… Y este odio quizá me lleve a desear destrozarles, hacerles pedazos entre mis garras pero no quiero, por otra parte.

¿Quién… quién morirá esta noche? Mi última noche como loba en el *Colombo*.

Sólo quedan tres… ya que los *lascars* no cuentan. La fiera que hay en mí no los desea… no, por el momento.

Me siento sobre la litera, y enciendo un nuevo cigarrillo…

Un vago presentimiento me atenaza, y no sé a que atribuirlo.

Fumo en silencio, absorta, pensando.

Si, sería curioso… casarme con Kerry Drake, inculcarle mi veneno, mi virus, y convertirle en una fiera carnicera, como yo… o destrozarle cualquier noche en mi lecho, con mis uñas y colmillos, con mis garras…

Sólo de pensarlo me da pánico.

* * *

Lentamente, se apartó de sus brazos con un suspiro, y le miró.

Burlona y regocijada en extremo, burlándose de él, como lo había hecho, siempre, preguntándose, de paso, cuánto tiempo hacía que se encontraba allí, en el camarote, con ella, y cuánto hacía que abandonó la cubierta y, con ello, la compañía de Kerry Drake y la de Sedir, el contramaestre.

Él, Perkins, su marido se lo había dicho.

También el acuerdo que había tenido con Murphy y las armas

que les había devuelto a los tripulantes; a los ahora escasos tripulantes del yate.

Empezó a vestirse sin dejar de mirarle, entre burlona, regocijada y nerviosa.

Desde la litera, tendido boca arriba, con las manos bajo la nuca, Perkins la observaba a su vez, entre las entornadas pestañas, con una pregunta en los labios, que Cora no supo adivinar hasta que no la pronuncio:

—¿Qué harás cuando esto termine, muchacha?

Cora abrió mucho los ojos, mirándole con aquel gesto burlón tan suyo, tan cínico.

—¿Yo…? Pero, querido —exclamó—. Nos separaremos. Creí… creí que ya lo sabías.

—¿Sí…? ¿Y qué harás cuando esto ocurra?

—¿Yo…? Nada. Vivir y pasearme con la pensión que me tendrás que dar… aunque pensándolo bien… sería mucho mejor que me quedara viuda. De ese modo, todo tu capital… —se interrumpió, abriendo mucho los ojos y preguntando, más burlona, más regocijada aún—. Oye, amor, ¿verdad que no habrás modificado tu testamento?

Perkins, sobre la litera, sufrió una crispación nerviosa.

—Algún día, Cora, tú y yo terminaremos…

—Esta noche saldrá la luna… y tal vez no tengas que ponerte melodramático conmigo… Tal vez… seas tú que el que tengas suerte… y te quedes sin mí, querido.

Con el rostro demudado, mientras Cora se colocaba las medias y los zapatos. Perkins se incorporó de un salto sobre la litera.

—¿Es que… que no te da miedo esa… esa fiera…? ¿Es que no te das cuenta de que… de que puede ser uno de nosotros? ¿Incluso tú misma… Cora? ¿O no has pensado que, en vez de un hombre… lo que sea… puede… ser una… una…?

Cora miró a su alrededor, mientras que una extraña palidez se iba apoderando de ella.

—Sí, es posible… —musitó—. Y sí, también tengo miedo. Mucho… mucho más que tú. Por eso mismo, porque soy mujer… Pero no dejo de comprender que sería mejor… que no nos… nos hubiéramos conocido nunca.

—¡Cora!

Ella hizo un gesto ambiguo con los labios.
—¿Acaso no es cierto? —preguntó.
—Sí, posiblemente, sí… pero no por culpa mía.
—¿No…?
—Cierto, Cora. Tú… te casaste conmigo por los dólares que pudiera darte, porque podía ofrecerte bastante más de lo que te ofrecían los demás. Eras y eres fría, calculadora. Eres…
Ella hizo un gesto con la mano, y Perkins se interrumpió, asombrado por aquella sonrisa que no esperaba, por lo menos en aquel momento, en los labios su mujer.
—Estás en lo cierto, y no voy a desmentirte… pero fue al principio. Luego…
—¿Quieres decir que… ese Kerry Drake, pongo por ejemplo…?
—Dejé que me besara. Lo necesitaba, en aquel momento y…
—¡Cora!
—¿Qué, querido?
De nuevo se le burlaba, por lo que Perkins abandonó la litera y se vistió en un santiamén.
Fuera, la noche estaba cayendo sobre el yate, pero ninguno de los dos parecía darse cuenta de aquello.
Fue hacia la puerta, intentó abrirla, y ella le llamó:
—¡Espera!
Se detuvo y la enfrentó:
—¿Sí…?
—No… no pensarás irte, ¿verdad?
Perkins hizo una mueca.
—Debo hacerlo, antes de que Kerry Drake envíe a buscarme. Enciérrate por dentro y… Bueno, no salgas esta noche, pase lo que pase. Habrá luna llena, ¿comprendes? —Y su voz era ronca, aterrorizada, cuando lo dijo—. La última noche de luna llena en una temporada, y no quiero… —trató de forzar una sonrisa, sin conseguirlo, y añadió—: La verdad es que no deseo que te ocurra nada, Cora.
Ella no pronunció palabra alguna al respecto, pero preguntó:
—¿Llevas armas?
Perkins se palpó el bolsillo derecho de la americana.
—Una Mauser automática, querida. No ocurrirá nada.
Se fue, antes de que Cora pudiera detenerle.

El largo pasillo frente a sus ojos, silencioso, sin un alma. El yate, casi a oscuras, apenas iluminado de trecho en trecho, y, al verlo, se dijo acertadamente que el dueño del *Colombo*, Dugan, trataba de ahorrar lo más posible las baterías, quizá porque esperaba poder reparar el aparato transmisor-receptor de radio.

Desde allí oía el rumor de las olas lamiendo los inclinados costados del barco.

Miró hacia atrás.

Nada.

El cielo era negro, muy negro, y las estrellas brillaban allá arriba, a inconmensurable altura, con mucha más fuerza que nunca.

La luna, el disco plateado de la luna, estaba ya bastante alto, y se preguntó a sí mismo cuánto tiempo había permanecido entre los brazos de su mujer. Debía ser mucho, unas horas… Y ahora…

Escuchó.

Nada.

En cubierta podía estar Sedir conjuntamente con Drake, y posiblemente con Dugan, todos juntos, todos reunidos, en previsión de un ataque, de un nuevo ataque de la fiera… ya que ni Murphy ni ninguno de los *lascars* se atreverían a abordar el yate, aquella noche. Para hacerlo esperarían a la siguiente, en noche de luna en su cuarto menguante.

Sharon Dugan y Natalia Chambers se habían encerrado en sus camarotes.

No, ellas no saldrían en toda la noche.

Y sólo quedaban tres…

Tres, contándole a él…

Fue entonces cuando Perkins cometió el último error su vida, precisamente al llegar a aquella conclusión, que no cuadraba en modo alguno con las palabras que pronunciara no hacía muchos minutos en su camarote.

Dio la espalda a la escalerilla de acceso a cubierta, pensando que lo mejor era caminar solo, completamente solo, ya que ahora no debía volver a su camarote, las burlas crueles de Cora se cebarían en él.

Con la Mauser en la mano, silencioso, pegado a los mamparos, Perkins cruzó por delante de las puertas de los camarotes y caminó, mirando a su alrededor, aterrorizado, temblando, y unos minutos

más tarde, nunca supo cuántos, se vio frente a frente de la escalerilla que daba acceso a los sótanos del *Colombo*.

Vaciló, y miró hacia atrás.

El silencio que le envolvía era lúgubre y extraño.

Mil ojos parecía tener la noche y la semioscuridad que le rodeaba, mil ojos, que le vigilaban estrechamente, y, con un estremecimiento, un nuevo estremecimiento de terror, con el dedo crispado en el gatillo de la automática, ahora con el pensamiento puesto en Cora, diciéndose *in mente* que había sido un completo imbécil al no haber regresado cuando lo pensó por primera vez, se volvió en redondo, dispuesto a regresar a la seguridad de su camarote.

Dio un paso en aquel sentido, uno sólo, y desde lo alto de uno de los mamparos, oyó el resoplar de la fiera y levantó los ojos.

Enfrentado ahora con aquellos otros, grandes, rasgados, verdes, fluorescentes, cuya fijeza aterradora ponía temblores en sus fuertes piernas, Perkins lanzó tenue gemido, y trató de retroceder, pero sus piernas no le obedecían.

Piernas que parecían haber criado raíces en suelo. Sus músculos, tampoco. La Mauser, en su mano inerte, apuntaba con su negro y siniestro cañón al suelo.

Frente a él, la fiera se movía.

Vio la espuma en su negra y al mismo tiempo roja boca, y la lengua, rugosa y seca, asomándose y escondiéndose entre los agudos colmillos e incisivos, y dos leves columnas de vapor que surgieron por los dos orificios del hocico no menos negro de la bestia cuando respiró fuertemente… y su sinuoso y poderoso cuerpo al empezar a deslizarse hacia él, con el peludo vientre rozando el suelo.

Aquel movimiento leve, silencioso, del animal, de bestia humana, rompió el hechizo que le mantenía inmóvil, y Perkins, con un alarido de terror, levantó la Mauser y apretó el gatillo, justo cuando la loba saltaba contra él.

La bala, mal dirigida a causa del terror que le poseía, pasó alta, entre las enhiestas orejas del animal y casi al instante notó el golpe contra su pecho y cayó hacia atrás, rodando de escalón en escalón hasta que se estrelló junto a la puerta abierta de acceso a los sótanos.

Perkins dio un par de vueltas sobre sí mismo, trato de ponerse en pie, y, por segunda vez, el animal le cayó encima, sobre la espalda… notó un agudo dolor en la nuca, en el cuello… y ya no supo más.

A partir de aquel momento, sólo se oyó allí los gruñidos de la loba, y el desgarrar de la carne. Y luego un poco más tarde, el arrastrar de lo que quedaba de su cuerpo al interior del sótano.

Hecho esto, la bestia humana dio un salto y desapareció entre las sombras que envolvían el *Colombo*.

CAPÍTULO XI

Volvía, una vez más a meditar en todo aquello.

Frente a él, en la playa, nada se movía.

Como pensara, Murphy no se atrevería a abordar el *Colombo* aquella tarde y, mucho menos, durante la noche que se avecinaba a pasos agigantados.

Los minutos, las horas, fueron pasando, empezó a caer la noche; en la orilla de la playa, entre la vegetación, Murphy comenzó a encender hogueras, lo que preocupó a Drake.

Más tarde, con la salida de la luna, que asomó en el horizonte como un gran globo amarillo, llegó Sedir para reunirse con él.

Casi cadavérico, mirando de vez en cuando a la luna, pero no pronunció palabra alguna respecto a lo que indudablemente estaba pensando… o quizá porque estaba rogando a sus antepasados, formulando *in mente* cualquier hechizo para que le librara de todo mal por aquella noche, la última de luna llena.

Sharon hacía horas, desde que la mandara a descansar a su camarote, que no había hecho acto de presencia en cubierta, y lo comprendía.

Tampoco Cora, y Natalia, y sus piernas…

Dugan, el dueño del yate, tampoco había sido visto por allí, y Drake se preguntaba por qué, una y otra vez.

La voz temblorosa del malayo interrumpió sus agradables meditaciones.

—Creo que debemos avisar a *Tuan* Perkins y a Dugan para que vigilen con nosotros, *Tuan* Drake. Hay hogueras en la noche… lo que dice que ellos también tienen miedo. Como yo Sedir, el contramaestre.

Drake pensó en Natalia y, pensando en ella, respondió:

—Vigila bien, yo iré a dar el aviso. Y no temas… la luna aún no está lo suficientemente alta para… eso…

Le volvió la espalda sin esperar la respuesta del malayo. Dio un paso, luego otro y otro más, tal tres o cuatro, y entonces estalló el disparo, viniendo posiblemente de las entrañas del yate.

Drake se detuvo en seco y miró al malayo.

—Vamos —dijo—. Creo que ha sido en la bodega. ¡Dios mío! ¿Cuándo terminará esto?

Corrieron ambos, sin preocuparse de la playa, de lo que pudiera ocurrir en el islote.

En contados segundos, alcanzaron la escalera, los pasillos silenciosos, lúgubres, donde se encontraban los camarotes, y de allí hasta la bodega.

Antes de llegar, Sedir y Drake tropezaron con Dugan, con una automática Luger en la mano.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—No lo sé aún… Pero creo que fue en la bodega. Esa… bestia.

Los tres la alcanzaron, al fin.

Abrieron la puerta, que estaba entornada, y se detuvieron en el umbral, mirando con ojos desorbitados a Cora que, con las ropas, con la *déshabillé* de nylon blanco, arrodillada, abrazaba a lo que quedaba de su marido.

Al oírles, levantó el rostro hacia ellos en gesto patético, y Drake y los demás se dieron cuenta de que estaba materialmente cubierta de sangre.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo fue *mistress* Perkins? —preguntó Drake, recobrado en parte de la terrible impresión, apuntando aquel delicioso cuerpo de mujer, con el arma que Natalia recargara para él con seis balas de plata.

La única solución posible…

—Se… se… separó de mí, dejándome sola, Kerry —sollozó ella, convulsa—, y… se marchó… Dijo… que iba a reunirse con usted… cuando la luna ya estaba alta… y… No quise estar sola, me asaltó un presentimiento, y salí a buscarle. Empecé a andar hacia cubierta… porque… porque nos separamos… no… muy tranquilos ambos. Discutimos un poco… y no deseaba… que esa impresión perdurara en él, y ahora… ahora está… está…

En aquel momento, tras un gemido, se desmayó.

Drake no dijo nada, pero hizo un gesto, y Sedir, a punto de desvanecerse también, cargó con ella, y sólo entonces abandonaron

los sótanos, dejando el cadáver dentro y la puerta cerrada con llave.

Sin pronunciar palabra, llevaron a Cora a su camarote. Drake lo cerró con llave, se la guardó en el bolsillo y miro a Dugan.

—¿Dónde está su hija? —preguntó—. ¿Lo sabe usted?

—¡Cuernos! —exclamó. Pero estaba aterrorizado. Bastaba verle para comprenderlo—: En su camarote —siguió—. Por lo menos, me contestó desde dentro cuando, hace media hora, llamé a la puerta.

Drake hizo un gesto indefinible.

—¿La vio usted?

—No. Por supuesto que no. Sharon se limitó a decirme que se encontraba bien, y nada más. Pero ¿qué diablos está tratando de decirme, Kerry?

¿Lo sabía él acaso?…

Se encogió de hombros, respondiendo:

—¿Y Natalia?

Dugan frunció el ceño.

Los ojos aterrorizados de Sedir iban de un lado para otro, del lecho a la litera donde depositara a Cora y viceversa, o cuando no a la puerta entornada del camarote.

—No. Si le digo la verdad, no he visto a ninguna las dos en todo el día —señaló a la desmayada Cora y prosiguió—: A ella tampoco, si eso le sirve de algo.

Drake pensó rápidamente.

—Quédense aquí —dijo bruscamente.

Y fue hacia la puerta, llevando el revólver en la mano.

Dugan le sujetó por un brazo.

—¿Qué cuernos intenta hacer, Kerry?

El periodista le miró a los ojos.

Tanto él como Dugan estaban pálidos, horriblemente pálidos, casi con los sentidos embotados, luchando consigo mismos para no terminar de perder el control de sus instintos, de sus mentes.

—No lo sé, pero voy a salir —respondió—. Tengo que hacerlo.

—Hacer, ¿el qué?

—Quería ver si les ocurrió algo a las muchachas.

—Pero… pero… Esa fiera… ese monstruo está… está…

—Lo sé, pero alguien tiene que averiguar la verdad de lo ocurrido aquí esta noche.

—Si sale… —Y su voz era apenas un susurro, un lamento,

dentro del camarote—. Si sale… puede que no regrese más, Kerry.

Drake abrió la boca para contestar, y el aullido del lobo, espeluznante, poderoso, como producido por un millar de lobos, de monstruos juntos, rebotó por el interior de la nave, de pared, de mamparo en mamparo, para perderse después en el mar, mucho más allá del islote, donde los nativos aullaron de terror, buscando refugio en la maleza, en los lugares más inverosímiles, temblorosos, asustados, aterrorizados, pero ni Drake ni ninguno de los presentes supo nada de aquello.

Sedir se contrajo, con los ojos dando vueltas en el interior de sus cuencas, y cayó de rodillas, gimiendo, sollozando, cubriéndose el rostro con las manos.

Drake no lo miró.

Sus ojos estaban prendidos en los de Dugan, y los dedos de su mano, sobre la culata del revólver calibre 22, eran tanto o más blancos que su rostro.

Fuera, el hombre lobo… volvía a aullar.

No ahíto aún de carne, de sangre, buscaba una nueva presa… y él, a riesgo de su vida, comiéndose el terror, que casi le aniquilaba, que casi le impedía razonar con acierto que agarrotaba sus músculos, tenía que hacerlo. Debía salir de allí y, en la inmensidad del barco, del yate, tratar de descubrirlo.

Desvió los ojos de Dugan, y miró a Cora.

No se movía, continuaba desmayada, pero ahora la agitación de sus senos se había aquietado un tanto, respiraba más tranquila.

Por unos segundos, al verle con la *négligée* cubierta de sangre, junto al destrozado y sangrante cuerpo de su marido pensó… pensó en algo horrible, en algo atroz, y estuvo a punto de disparar contra ella.

Ahora el monstruo, milenario monstruo tal vez centenario… poseído de un extraño virus que, según todas las leyendas que conocía de su niñez, y que había repasado mentalmente durante aquellos días, le hacía inmortal, poco menos que inmortal… o inmortal para todo… si no se atravesaba su corazón con una bala plata, un cuchillo, una daga… o una espada… pero de plata.

¿Por qué?

Era algo que su inteligente y civilizada mente se negaba a admitir, pero el hecho estaba allí, frente a sus ojos, delante de sí

mismo, y en su mano, de dedos agarrotados, estaba la salvación… o la muerte, si la fiera, si el lobo humano, atacaba primero y por sorpresa… o si fallaba en sus disparos…

—Usted es el responsable de ella, Dugan —dijo de pronto—. Por tanto, cuando yo salga, cierre la puerta del camarote, y, pase lo que pase, oiga lo que oiga, no abra esa puerta hasta que la luna desaparezca de nuevo por el horizonte. Sólo entonces habrá pasado el peligro, y podrán salir, si yo no regreso antes.

—Pero ¿por qué usted? Por Natalia, ¿verdad? La ama, ¿no es así, Kerry?

—Sí, así es, pero eso no cuenta. Es… por todos nosotros… incluso, por los que ahora, aterrorizados en el islote, rodeados de fuego, temen a esa fiera… a ese monstruo maldito.

Dio un paso, abrió la puerta de un tirón, y Dugan dijo, a su espalda:

—Morirá si lo hace, Kerry…

—Tengo que hacerlo, míster Dugan. Yo… yo solo tengo en mi mano el medio para terminar con eso…

Salió, y se detuvo en el pasillo, escuchando, observando.

El silencio era tenso, palpable, rotundo.

Miró la línea de los camarotes, y empezó a andar, tratando de adivinar o simplemente sospechar dónde se encontraría la fiera, en aquel momento.

—¿Quién… quién era…?

¿El mismo hombre lobo que en la playa del islote destrozara a aquellos tres hombres, según la historia de Orsu, uno de cuyos destrozados cadáveres, encontraron ellos semienterrado en la arena?

Podía ser… Cabía en lo posible que hubiera subido al barco cuando ellos se encontraban registrando el islote.

¿Un malayo, un hombre blanco?

Continuó andando, oyendo el sonido de sus propios pasos, resonando siniestramente en el suelo metálico del pasillo, y se detuvo frente a la puerta del camarote de Sharon.

Levantó la mano, llamó con los nudillos… y, al hacerlo, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta.

Terminó de abrirla y miró el interior, luego de encender la luz, revólver en mano, y cañón por delante de su cuerpo.

Nada; vacío… Tembló.

Drake, sin una sola vacilación, se acercó al de Natalia.

La puerta abierta.

Miró el interior.

Todo en orden… pero ninguna de las muchachas se encontraba en su camarote.

Cora también abandonó aquella noche el suyo.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo en el interior del *Colombo*?

Incapaz de contestarse a su propia pregunta, Drake dio media vuelta y, paso a paso, con miedo, con la garganta agarrotada, empezó a andar hacia la escalerilla que conducía a la cubierta de la nave.

Pisaba el primer peldaño cuando, de nuevo, vez más, el aullido del lobo, de la bestia, le sacudió de pies a cabeza… haciéndole vacilar sobre sus piernas tanto, que su mano izquierda se cerró en torno a la barandilla y su respiración, se hizo silbante entre sus apretados labios.

Un aullido… y un grito humano, lacerante…

—¡No…! ¡Socorro…!

Una voz infrahumana, angustiosa, que se quebró en seco. Drake sintió que aquello obraba en su interior como un revulsivo, y en dos zancadas, se encontró en cubierta.

Y lo vio.

Sharon Dugan, cuyo semblante era una horripilante máscara de terror, se encontraba apoyada contra uno de los mamparos, incapaz de continuar gritando, con las manos en la garganta, inmóvil, convertida en piedra, los dientes entrechocando, y con los ojos desmesuradamente abiertos, desorbitados, fijos en la bestia, en el enorme lobo que, a su vez, babeante, mostrando la roja boca y la lengua entre los largos y afilados colmillos, y sus poderosas patas de uñas redondas, corvas, afiladas como una navaja de afeitar, la contemplaba su vez, dispuesta a dar el salto mortal… para desgarrarla después, para destrozarla…

Drake contuvo el aliento, incapaz también de moverse, de articular algún sonido, de llamar la atención del monstruo… que repentinamente saltó, justo cuando Kerry, milagrosamente, recobraba sus facultades mentales.

Elevó el arma, y disparó.

Una, dos, tres, cuatro veces, cinco… y el lobo pareció tropezar con algún muro invisible cuando iba por el aire, y se desplomó al suelo, junto a los pies de la aterrorizada Sharon… lanzando un aullido que nuevamente repercutió en toda la nave, pero difería bastante de los anteriores… Un aullido casi humano.

Por espacio de varios segundos, se convulsionó sobre cubierta, y al fin quedó quieto, muy quieto. Drake comprendió que el milagro había ocurrido, que había matado a la bestia, al horrible monstruo que sembraba el terror por dondequiera que pasaba, en noches de luna llena.

Sharon, en aquel momento, se precipitó contra él, abrazándole, y escondió la hermosa cabeza contra su pecho, sin pronunciar palabra, temblando, a punto de perder el sentido, aterrorizada aún.

Luego la ladeó, levantándola para mirarle al rostro, y, a continuación, como impulsada por algo que veía en el pálido semblante del periodista, miró la cubierta… cuando ya la transformación se estaba operando.

Las peludas patas se contraían, el pelo largo y duro iba desapareciendo, los dedos también se contraían y, en su lugar, poco a poco, iban apareciendo los de un pie humano. Luego, el tobillo, un fino tobillo, la pantorrilla y los morenos y esbeltos muslos.

Y más tarde la cabeza empezó a contraerse, a irse formando, y las bellas facciones de Natalia Chambers, aparecieron ante los dos. Tenía los ojos cerrados, y en los labios, aún rojos, una sonrisa, una sonrisa, como de gracias… como de liberación, como agradeciendo al hombre que acababa de matarla, que lo hubiera hecho, porque aquello, para ella, significaba el descanso eterno… la libertad… el fin de una horrible pesadilla.

—¡Natalia! ¡Dios mío!

Y una vez más, Sharon escondió la cabeza contra su pecho, y sollozó convulsivamente.

Drake no dijo nada, no podía. La soltó suavemente, se despojó de la chaqueta, y aún temblando, casi con lágrimas en los ojos, cubrió parte de aquel hermoso cadáver de mujer… que parecía sonreírle, que le sonreía…; y que él amó y amaba tanto.

—¡Natalia! ¡Dios mío!

Hecho esto, dio media vuelta, tomó a Sharon por un brazo, y tiró de ella hacia los camarotes.

—La enterraremos mañana —fue lo que dijo, y ella ni siquiera reconoció su voz. Llegaban, cuando Sharon recordó.

—Ella… ella me dio algo para ti, hace un par de días, Kerry.

—¿Qué…?

—Una carta. Me pidió que te la diera, tan pronto como nos encontráramos en Singapur. Dijo… que ahí desaparecería de tu vida… porque iba a hacerte un desgraciado. Que no… que no te amaba lo suficiente para… para…

Calló, sin saber que las palabras que en su día pronunciara la desgraciada Natalia, no correspondían, ni mucho menos, a la realidad. Sin saber que ella misma había puesto el arma fatal, lo único que podía eliminarla definitivamente, en manos del hombre que amaba, y precisamente por amor.

—Dámela. ¿Quieres?

—Sí. Está… está en mi camarote. Ven.

Fueron, sin acordarse para nada de los demás, de los que aún esperaban, angustiados, en el camarote, la vuelta de Drake.

Unos minutos más tarde, frente a sus ojos, en sus manos, tenía el mensaje de Natalia.

Abrió el sobre, con mano que temblaba, sabiendo que era una despedida, sabiendo que allí, quizá en pocas líneas, estaba todo lo que de horrible y angustioso había sufrido aquella mujer, tal vez durante muchos años, muchos cientos de años… o quizá muy pocos. Y empezó a leer:

> Amor: No te merezco, ¿sabes? Soy una bestia horrible, una loba, ¿comprendes? Una asesina… pero no puedo hacer nada por evitarlo. Sólo tú. No puedo, no quiero quitarme la vida por mi propia mano… Te amo demasiado para hacerlo, y por eso… por eso te di el revólver. No quiero, no deseo ser yo la que… la que te devore cualquier noche entre mis garras, ni que mis colmillos desgarren tu garganta, los que mutilen tu cuerpo, los que te mutilen a ti; al que tanto amo y quiero. Perdóname, perdonadme todos… por lo que hice, por lo que hago… si podéis. He deseado poner en tus manos, como te digo, el único medio posible… para mi redención, o para mi muerte… y dispara, dispara contra mí… si… si me enfrento contigo. ¡No vaciles, Kerry! No lo hagas, o sería tu muerte… y yo… yo viviría aún con más angustia que he vivido durante todos estos años, con más horror.

La carta terminaba diciendo, explicando la muerte del malayo Orsu, y los equivocados motivos que había tenido para hacerlo. Y luego, su firma.

Drake, sin pronunciar palabra, se la guardó en el bolsillo, y luego, tomando a Sharon, tiró de ella hacia la puerta.

—Vamos —dijo.

Muy juntos, pero sin hablarse, se encaminaron al camarote de Cora Perkins.

* * *

Ha pasado un año.

Estoy solo, muy solo, pero la herida ha cicatrizado ya. No he escrito ni una sola letra para el periódico respecto a mi aventura en el *Colombo*. Nadie me hubiera creído, por lo que lo que he preferido así. Sólo en mi diario personal.

En el *Colombo*… Bueno; muerta Natalia, muerta la mujer… los *lascars* subieron a bordo del yate, pero aún permanecimos allí hasta que nos recogieron una semana más tarde. Murphy fue llevado a la isla de Laolu y trasladado luego a Singapur, donde fue juzgado y condenado. Ahora, después del tiempo transcurrido, ni siquiera me acuerdo de cuál fue su condena como dirigente del motín del *Colombo*, y, por otra parte, tampoco me preocupa.

Todo, todo ha muerto para mí, respecto a aquellos sucesos.

¿Todo…? Bueno, todo, no. Queda Sharon Dugan, a la que no he visto desde… desde que nos separamos en Laolu.

De la que tampoco he oído hablar.

Y eso es todo. Nada queda ya por decir. Sólo que hay corriente a mi espalda, que la noto mientras escribo, y que quedan muchos recuerdos. Buenos, los unos, y la mayoría, malos.

La corriente es molesta, eso por descontado. Las últimas líneas de esta historia, verídica y no leyenda, no una leyenda más, están cayendo sobre el papel de mi diario.

Dejo la pluma, y me vuelvo en redondo, ya que, como dije, la corriente es molesta. Y la veo.

—¡Sharon!

Está allí, en el marco de la puerta, mirándome, con el mismo

brillo en los ojos, con la misma sonrisa que siempre tuvo para mí en el *Colombo*, y presiento, no sé cómo, que todo va a cambiar.

Se me está acercando sin pronunciar palabra, mirándome, sonriéndome siempre, y me levanto para recibirla.

Doy un paso, otro más… y me detengo, sin saber lo que ocurre, sin saber lo que decirle, y tal vez sin que ella sea capaz de pronunciar una sola palabra.

Sólo de continuar mirándome en silencio, y de sonreír.

Sólo sonreírme…

Singapur, 27 de mayo de 1968.
Kerry Drake.

F I N